

6460

SANTIAGO RUSIÑOL

LA MADRE

TRADUCCIÓN DE

G. MARTINEZ SIERRA

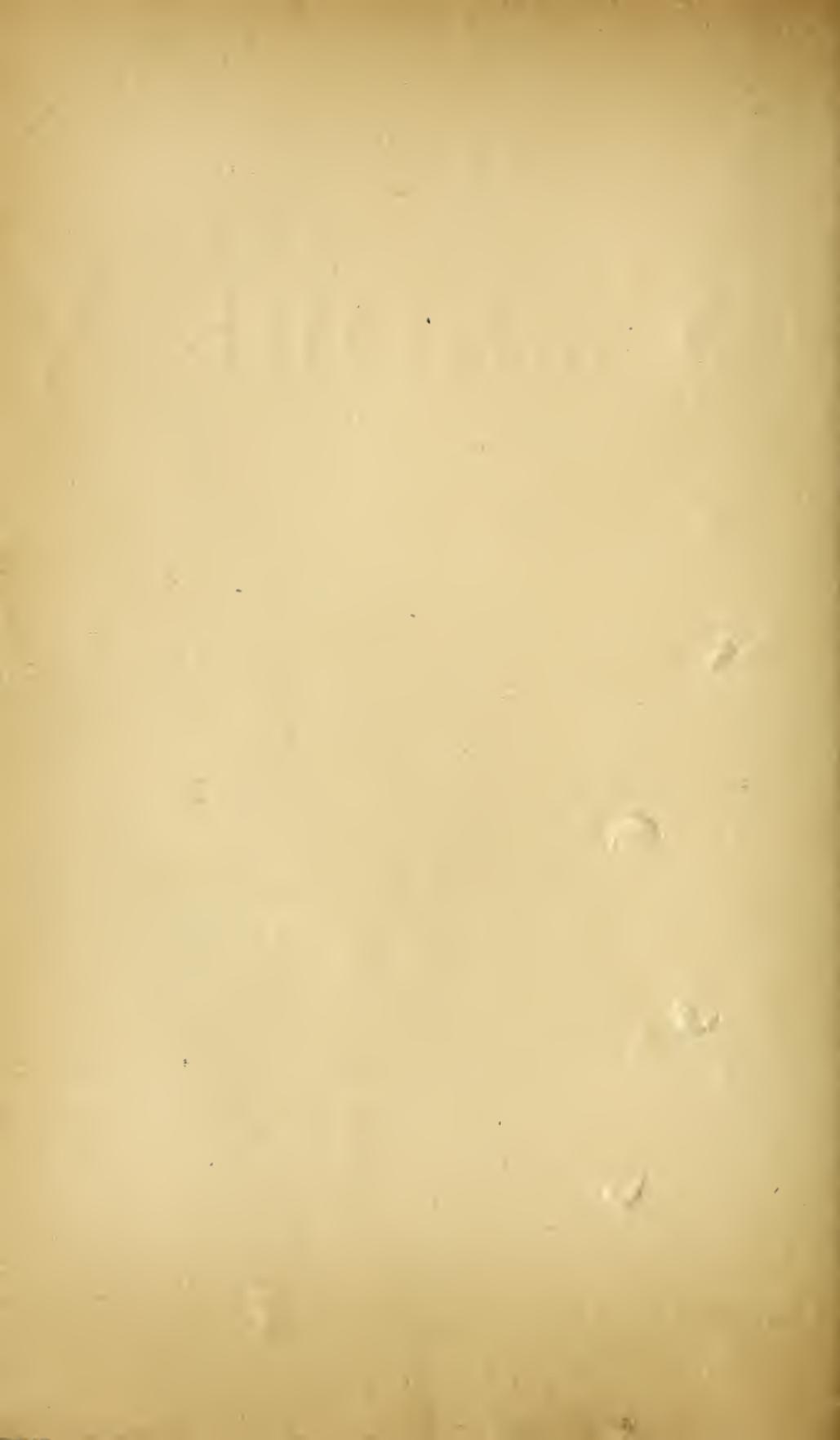
MADRID

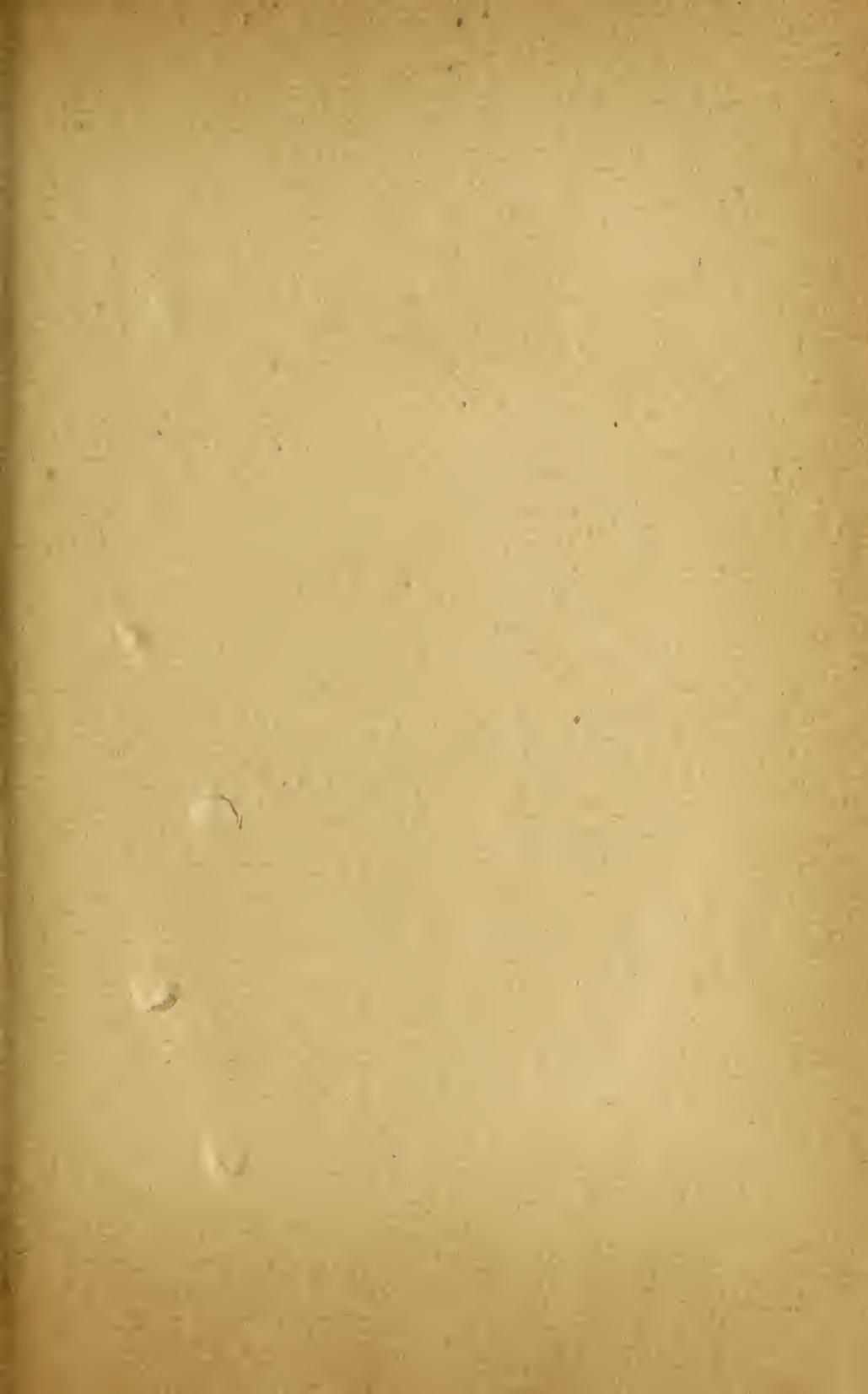
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Nuñez de Balboa, 2.

1907

5





LA MADRE



SANTIAGO RUSIÑOL ^{AC}

LA MADRE

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Estrenado en el *Teatro Cervantes*, de Málaga,
el 20 de Diciembre de 1906. Y en el *Teatro de la Princesa*,
de Madrid, el 26 de Noviembre de 1907.

TRADUCCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 2
1907

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES	MALAGA	MADRID
ROSA.	Sra. Cobeña (C.).	Sra. Cobeña (C.).
ISABEL.	Srta. Ziur.	— Cobeña (J.).
DOÑA AMPARO.	Sra. Boisgontier.	— Alvarez (J.).
MANUEL.	Sr. Borrás.	Sr. Calvo (R.).
ALBERTO.	— Cobeña (R.).	— Cobeña (R.).
ISIDRO.	— Mora.	— Amato.
JUANILLO.	— Cobeña (B.).	— Cobeña (B.).
SEÑOR JUAN.	— Requena.	— Norro.
MAESTRO.	— Adame.	— Manso.
CARMONA.	— Lagos.	— Ruiz Tatay.
TRILLES.	— Tutau.	— Lloréns.
ROMEU.	— Rivero.	— Perrín (M.).
UN POBRE.	— Gatuellas.	— Perrín (M.).

Hombres, mujeres, niños.

Entre cada acto pasan próximamente dos años.



ACTO PRIMERO

La escena en una rebotica de la casa de un tahonero de pueblo. Por un gran arco que hay en el fondo se ve la tienda, con los anaqueles y el mostrador lleno de panes, y una puerta vidriera que da á la calle. En primer término, ó sea la rebotica, la boca del horno á la derecha y á la izquierda la puerta de las habitaciones; por los rincones sacos de harina, haces de leña, palas, panes acabados de salir del horno y una masera. Es verano y la puerta de la tienda está abierta.

ESCENA PRIMERA

ISIDRO, MANUEL y JUANILLO.

(*Isidro, al pie del horno, va dando panes á Juanillo. Manuel, en primer término, dibuja sobre una cartera, apoyada en la masera pequeña.*)

ISIDRO

Toma: estos panes de seis libras, á la tienda; este de doce le llevas á casa de la Paula, esa que tiene doce criaturas.

JUANILLO

A libra por criatura, ¿no?

ISIDRO

Eso: ya veo que sabes de cuentas; á libra por criatura, y las cortezas para el padre y la madre.

JUANILLO

¿Y las tortas? ¿No saca usted las tortas?

ISIDRO

Ahora sacaremos una del horno; no tengas prisa, que tú no las has de comer. (Sacándolas.) Aquí está.

JUANILLO

¡Mi madre, cuánto azúcar que tiene!

MANUEL

¡Qué bonita es!

ISIDRO

Sí, sí, bonita; buena; esto no es una torta, es un plato de confitura.

JUANILLO

Abuelo: ¿sabe usted lo que querría yo? Caerme dentro.

ISIDRO

Sí, con un cachete encima.

JUANILLO

¡Ay, ay! También se caen las moscas.

ISIDRO

Las moscas no son aprendices como tú, y no tienen amo. Toma: llévala á casa del señor cura, y cuidadito con los dedos, ¿me entiendes? Si te los encuentro untados de azúcar...

JUANILLO

¿No quedan más en el horno?

ISIDRO

Déjalo correr, y que no pase como el otro día, que perdiste un pedazo en el camino.

JUANILLO

Se me cayó.

ISIDRO

Se te cayó... se te cayó al estómago.

(Juanillo se va con la torta.)

Y tú, Manuel, ¿no me ayudas aún?

MANUEL

Espérate, Isidro, que en seguida acabo.

ISIDRO

Ya sabes que el horno no tiene espera.

MANUEL

Y el horno de dibujar, tampoco.

ISIDRO

Calla, infeliz. ¿No es antes el pan que los monos?

MANUEL

Para algunos, sí; pero para mí no.

ISIDRO

Pues quédate sin comer, si puedes, para seguir tu idea.

MANUEL

Ya sabes que me he quedado muchas veces. Cuando me dan estas que tú llamas manías no hay panes ni tortas que valgan. Más prisa tengo de sacarme el dibujo de la cabeza, que de llevarme el pan á la boca.

ISIDRO

Pero tú estás trastornado; tú no piensas, muchacho.

MANUEL

¿Pues no he de pensar?

ISIDRO

Quiero decirte que no piensas como pensamos la gente de seso, los que tenemos los sentidos cabales. Vamos á ver, contéstame á una pregunta: ¿qué sería de ti, con todo tu saber, si no hubiera sido por mí y por tu pobre madre, desde que faltó tu padre, que esté en gloria?

MANUEL

Vamos, Isidro, no gruñas más, que el gruñir envejece.

ISIDRO

¿Es que no tengo derecho á sermonearte, después de los años y años que llevo cociendo en ésta casa?

MANUEL

Sí que le tienes; pero déjame. ¿No amaso de noche? Pues dejadme trabajar de día.

ISIDRO

¿A eso que haces lo llamas trabajar?

MANUEL

Sí, hombre, sí; más que á lo otro. Amasando trabaja el cuerpo, y pensando el entendimiento.

ISIDRO

Válgame el apóstol número uno: mire usted quién habla de entendimiento.

MANUEL

Ya eres viejo, Isidro.

ISIDRO

¿Viejo yo?

MANUEL

Vamos á ver: ¿cuántos años tienes, la verdad?

ISIDRO

No quiero decirlo: mientras el hombre está fuerte para la faena, no es viejo. ¿Tengo razón ó no la tengo?

MANUEL

Sí que la tienes; pero déjame en paz.

ISIDRO

Es que ya no te acuerdas de dónde vives, ni de que hoy es la fiesta del pueblo, ni de que tenemos que entregar las tortas, ni de ir á misa, ni de nada, con esa manía de los mapas.

MANUEL

¿Tú no has tenido manías nunca?

ISIDRO

Nunca.

MANUEL

Vamos, no digas, que cuando te sale el pan bien cocido, bien dorado y bien hueco, se te cae la baba dentro del horno.

ISIDRO

Esas son cosas del oficio; y al oficio, sí, al oficio sí que le tengo lo que se dice ley; más me gusta ver una hornada de esas que salen... eso, bueno, lo que se dice una hornada, que todas las estampas del mundo. Y es que ¿ves tú? cada pan quiere decir muchos sudores: sudor de sembrar el trigo, sudor de verle crecer, sudor por miedo á las heladas, sudor de trillarlo, sudor de guardarlo, sudor de molerlo y de cocerlo, y sudor, que es el más sudor de todos, de miedo de no poderlo comer; cuando el trigo llega á la boca, lleva más sudor que harina.

MANUEL

Muy bien, Isidro. Pero esto que yo hago, y que tú llamas mapas, ¿te figuras que no me cuesta tra-

bajos? Trabajo de sembrar la idea, trabajo de la semilla que se siente hormiguar en la cabeza, de la fiebre que le entra por nacer, de verla sobre el papel blanco, de querer que se vuelva color, de hacer que la quieran los que no la ven, y trabajo de formarla hermosa, tal como uno la ha visto en el sueño; cuando la simiente llega á los otros, no es sólo sudor lo que nos ha costado, son gotas de sangre de la vida.

ISIDRO

Ahora sí que no te entiendo.

MANUEL

Mira este dibujo.

ISIDRO

Vamos á ver.

MANUEL

¿Qué ves?

ISIDRO

Nada: chafarrinones.

MANUEL

Muy bien dicho, porque no se ve otra cosa. Pero si en vez de mirar al papel pudieses mirar aquí dentro, verías imágenes, ojos y almas, que en cuanto pasan por el lápiz se convierten en lo que has dicho, en chafarrinones.

ISIDRO

Ya sé lo que quieres decir: panes quemados.

MANUEL

Más que quemados: hechos ceniza.

ISIDRO

No te entiendo, te vuelvo á repetir.

MANUEL

¡Porque todavía no sé hacerme entender! ¿Sabes tú lo que hay sembrado en un campo hasta el momento en que lo ves brotar?

ISIDRO

Claro que no.

MANUEL

Pues tampoco puedes saber lo que soy capaz de hacer, porque todavía no he brotado.

ISIDRO

¡Qué has de brotar tú, infeliz!

MANUEL

¡Qué sé yo lo que he de brotar! Hierba ó flores: eso depende de la siembra.

ESCENA II

DICHOS, JUANILLO y luego UN POBRE.

JUANILLO

Ya está la torta en casa del señor cura.

ISIDRO

A ver los dedos.

JUANILLO

No la he tocado ni gota.

ISIDRO

Bueno: despacha en la tienda hasta que llegue el ama, porque Manuel tiene otra cosa que hacer.

JUANILLO

Déjeme usted ver el santo que ha pintado.

ISIDRO

A la tienda en seguida.

(*Juanillo se va á la tienda.*)

UN POBRE

(*Entrando en la tienda.*) Ave, María Purísima. ¿Pueden ustedes darme un pedacito de pan?

JUANILLO

(*Desde la tienda.*) Dios le ampare.

POBRE

Un pedacito de pan, hoy que es fiesta mayor; para poder pasar el día.

ISIDRO

Dios le ampare.

POBRE

(*Adelantando: á Manuel.*) ¿Y tú, hijo mío?

MANUEL

Dárselo, no; pero espere usted un momento.

POBRE

Sólo un mendruguito.

MANUEL

Espere usted, que se le puedo hacer ganar.

POBRE

Si es trabajando, no podrá ser; estoy baldado y no me sienta.

MANUEL

No tiene usted que hacer más que lo que yo le diga.

POBRE

¿Y qué es ello?

MANUEL

Sentarse.

POBRE

Eso sí me prueba.

MANUEL

Siéntese usted, y le retrataré; sólo un momento, para dibujarle la cabeza.

POBRE

Ya entiendo, ya; en otro pueblo también me retrataron unos señores de esos que pintan; me dijeron que les gustaba porque tenía cara de miseria.

MANUEL

No es de miseria de lo que tiene usted cara: es de dolor.

POBRE

Sí, sí; dolores también tengo.

MANUEL

Pero esos que usted dice no se pintan: tiene usted cara de sufrimiento moral, que le sale en las líneas de la frente, de la boca y, sobre todo, de los ojos; tiene usted unos ojos que no se los merece: hermosísimos para dibujarlos.

ISIDRO

¡Ay, válgame el Señor todopoderoso!

POBRE

Pues en los ojos no es donde tengo el mal: es en el espinazo y en las piernas.

MANUEL

Eso no importa.

POBRE

¡Hombre!

MANUEL

No importa. Yo no sé si tiene usted penas, pero tiene usted cara de tenerlas.

POBRE

Lo que tengo es mucha miseria. Ya hace cuarenta años que ando haciendo de pobre.

MANUEL

Y si á mano viene habrá usted sido rico.

POBRE

Yo, nunca; antes de hacer de pobre ya lo era.

MANUEL

Debe usted haber pasado muchas angustias.

POBRE

Lo que he pasado es mucha hambre.

MANUEL

Mejor. Siéntese usted.

POBRE

¿Cómo que mejor?

MANUEL

Porque le ha hermoñado á usted la miseria.

POBRE

¿Es que te quieres burlar de mí, niño?

MANUEL

Yo me entiendo; déjelo usted estar, y siéntese, le digo.

POBRE

¿Dónde me tengo que sentar?

MANUEL

(Sentándole.) Aquí.

POBRE

¿Tengo que mirar fijo?

MANUEL

No se mueva usted, que está usted muy bien.

POBRE

No puedo; se me dormirían las piernas.

MANUEL

Mejor; es usted hermoso como un apóstol. (Dibujando con fiebre.) ¡Oh, qué bonito, qué carácter! (Isidro se acerca para mirarle dibujar.) Si pudiese uno copiar esta vida, estas líneas que no son líneas, este no sé qué de la expresión: los ojos, la frente, la boca, el movimiento... ¿No lo ves, Isidro? Callando es cuando habla mejor una boca. ¿No parece que medita la frente?

ISIDRO

Hijo mío, eres un bienaventurado.

JUANILLO

(Que entra y mira el dibujo.) ¡Madre, qué bonito!

ISIDRO

¿Qué bonito...? ¡Andando al mostrador!

(Juanillo vuelve á la tienda.)

ESCENA III

DICHOS y *el* SEÑOR JUAN

JUAN

Dios os guarde. ¿Todavía no ha vuelto el ama?

ISIDRO

Está en misa, señor Juan; pero ya no puede tardar.

JUAN

(A Manuel.) ¿Qué haces ahí?

ISIDRO

¿Qué quiere usted que haga? Lo de siempre.

JUAN

¿Y qué es lo de siempre?

MANUEL

No me diga usted nada, señor Juan.

JUAN

¿Ya volvemos á la manía?

MANUEL

Déjeme usted en paz, le suplico.

JUAN

Precisamente vengo á no dejarte en paz; á decirte otra vez lo que te digo todos los días: que esta casa, tal como marcha, no marcha.

ISIDRO

Claro que no marcha.

JUAN

Yo era amigo de tu padre, ya lo sabes, y aunque no sea más que por ser amigo de tu padre,

estoy en el deber de avisaros, nada más que por lo que te digo, por la amistad que tenía con tu padre.

MANUEL

No me diga usted nada ahora; ya me lo explicará usted después.

JUAN

¡Qué después! después y ahora: en esta casa no hay nadie: un viejo, un aprendiz, un ama demasiado buena; el que tendría que ocuparse de todo, que eres tú, sólo se ocupa en emborronar telas y en llenar papeles todo el santo día.

MANUEL

(Al Pobre.) La cabeza un poco más baja.

JUAN

Toda la parroquia se queja: no cocéis el pan como antes.

ISIDRO

Eso no es verdad.

JUAN

No tenéis administración.

ISIDRO

Eso sí que lo es.

JUAN

No tenéis con el parroquiano esos miramientos y requisitos que exige el parroquiano, el que paga,

el consumidor. ¿Y qué hace el consumidor cuando se queja? No consumir; eso es. ¿Y qué pasa cuando no se consume? Que el productor se hunde.

MANUEL

(Levantándose entusiasmado.) ¡Qué dibujo! Mire usted, señor Juan, qué dibujo.

JUAN

De eso estábamos hablando... del dibujo.

MANUEL

Pues ¿de qué hablaba usted?

JUAN

De nada: como no me haces caso... Ya hablaré con tu madre.

MANUEL

No le diga usted nada á mi madre: ya sabe usted que se apura, y no quiero.

JUAN

Como tú no haces caso á nadie... como no tienes más que una idea...

MANUEL

Le pido á usted por favor que no le amargue la vida.

JUAN

Me toca decírselo, y se lo diré; de sobra sabes tú por qué.

MANUEL

Ya lo creo, por lo de siempre: por la amistad que tuvo usted con mi padre.

POBRE

¿Me puedo marchar?

MANUEL

(Dándole un pan.) Tome usted, y váyase.

JUAN

¿Un pan le das? ¡Pobre casa!

MANUEL

Sí, le doy un pan, y más le daría si pudiese; no soy yo el que hago una caridad con dárselo; más caridad me hace él á mí dejándose dibujar. Hay muchas clases de caridad.

ESCENA IV

DICHOS y ROSA.

ROSA

¿Qué os pasa? ¿Estáis disputando?

JUAN

¡Qué hemos de disputar! Soy yo, que he venido por vuestro bien: tu hijo ya sabes como es: no se le puede llevar la contraria.

ROSA

¿Qué dices, hombre?

JUAN

El te lo diré, que á mí me quita el derecho de decírtelo.

(El señor Juan se va á la tienda y se sienta cerca de la puerta; Isidro le sigue.)

ESCENA V

MANUEL y ROSA.

ROSA

¿Qué quieren decir, hijo?

MANUEL

¿Qué han de querer decir? Lo que me dicen todos los días: esta guerra que tienen conmigo porque dibujo y porque pinto.

ROSA

¿Qué guerra?

MANUEL

La de siempre, la que arman los hombres... naturales á quien no piensa como ellos.

ROSA

Pero ¿por qué?

MANUEL

¡Qué se yo! Porque como ellos están en mayoría, se figuran que tienen razón. Yo ya sabe usted que nunca he hecho vida de joven; que en lugar de ir

al baile, como van los mozos, me he pasado las noches leyendo; que no sé lo que es tener novia; que hoy es la fiesta del pueblo y que para mí la mejor fiesta es no hacerla ó hacerla á mi modo; pues por eso, por eso me llevan la contraria; porque al que no hace como los demás, los demás parece que se ofenden y tienen empeño en atormentarle.

ROSA

Vamos, no tengas quebraderos de cabeza.

MANUEL

Es que es así, madre, tal como se lo digo: no sé en qué consiste ni sé por qué es así; pero todo el mundo habla bien de los... artistas, y nadie los quiere en su casa. Cuando empezaba á dibujar de rutina, ya usted lo sabe, hasta los padres traían á los chiquillos para enseñarles mis dibujos; la pintura les parecía una gracia entonces, un adorno, una habilidad; pero en cuanto uno quiere subir, y subiendo ya no le entienden, en vez de dar ánimos, parece que quieren hundirle á uno.

ROSA

Es verdad; pero no te extrañe: hasta á mí, que soy tu madre, me da miedo ese arrebató que tienes.

MANUEL

Y ¿por qué?

ROSA

No lo sé, pero me da mucho miedo el camino que llevas; yo no sé si lo que haces está bien ó no —para los ojos de una madre, todo lo que hacen los hijos está bien; me enseñarías las estampas del revés, y si las estampas eran tuyas, también me parecerían bien hechas—; pero no es lo que haces lo que me asusta; me asusta la vida que he oído decir que tienen que llevar los que emprenden este oficio, que yo no sé cómo se llama, pero que está lleno de peligros y de penas.

MANUEL

Si la vida del pintor es la vida más hermosa, madre.

ROSA

Puede que sea hermosa; pero dicen que es triste.

MANUEL

Vamos, dígame usted: ¿qué es lo que le da miedo?

ROSA

No lo sé: á mí me han dicho que el que quiere seguir lo que tú quieres, eso de andar haciendo pinturas por el mundo, un día ú otro tiene que salir de su casa, que dejarlo todo, todo, hijo mío, para irse muy lejos, como una especie de soldado, padeciendo miseria y tristeza; me han dicho que los hijos se pierden no sé dónde; que en las ciu-

dades, donde tienen que ir, todas las tentaciones les rodean; me han dicho... (Llora.) me han dicho, ¡pobre de mí!, que cuando están lejos ya no se acuerdan nunca más del rinconcito en que nacieron.

MANUEL

Pues le han engañado á usted los que se lo han dicho. Dondequiera que vayan, los que van con buen deseo, se hacen hombres y vuelven y son el orgullo de su casa.

ROSA

No vuelven, hijo mío; no vuelven, ya lo sé yo; y si llegan á volver, se encuentran á la madre muerta.

MANUEL

Vamos, madre, no sea usted así.

ROSA

No: si aunque te digo esto no es que me queje. Ya sé que la madre es como un árbol y los hijos el fruto, eso ya lo sé; y que cuando el árbol ha dado fruto, ya ha cumplido y tiene que morir. Lo digo porque tú ya sabes que no podría vivir sin ti y que iría contigo donde quisieses; pero... también quiero á este horno, á este horno que levantó tu padre, y sé que trabajando en él vamos viviendo, y sé que la casita es nuestra, y que no nos falta nada, gracias á Dios, y que no me faltará nada mientras tú

estés aquí; pero si un día te fueses, yo tendría que partirme el corazón, el que se quedase aquí ó el que tú te llevases.

MANUEL

Madre: y si yo pudiese irme, y si en lugar de ser lo que ahora soy, le volviese á usted un hijo de quien hablase todo el mundo, ¿no estaría usted más contenta?

ROSA

Lo estaría por ti, pero no por mí.

MANUEL

¿Y si volviese grande y lleno de gloria?

ROSA

Yo te quiero honrado y por buen camino; no tengo más ambición que esa.

MANUEL

Bueno y honrado ya lo soy, lo soy, le juro á usted que sí; pero me hielo aquí dentro, me hielo; créame usted que no tengo la culpa; yo no sé de dónde me viene, no sé si es un castigo ó una suerte; pero me han abierto una ventana desde donde se ve el cielo azul, y ó me consumiré aquí en el pueblo ó me tiraré por la ventana, para ir á lo azul ó para matarme.

ROSA

¿Qué dices?

MANUEL

Sí, no puedo vivir; no puedo remediarlo, pero no puedo vivir. Hay una cosa que no sé lo que es, que me dice que vaya á luchar, á vivir... arte, lo que sea... una cosa que quiero y deseo; sé que es como un mar, un mar muy grande, y sé que yo me quiero tirar á él y que no sé cómo se nada.

ROSA

No te entiendo, pero me das miedo; veo que sufres por una cosa á la que quieres más que á mí.

MANUEL

Sí, quiero al arte, sí; le quiero más que á mí mismo.

ROSA

Y más que á todos; eso ya lo sé, eso ya lo sé; y no tengo celos, y cree que para no tenerlos se necesita ser madre.

MANUEL

Si no tiene usted por qué estar celosa; si este deseo que tengo de subir es más por usted que por mí; y subiré, se lo aseguro; tengo vocación, tengo fe y tengo una fuerza que me empuja aquí dentro, que no puede ser más que la esperanza.

ROSA

¡Hijo mío!

MANUEL

Mi nombre, que ahora no conoce nadie, como los redondeles que hace el agua cuando gotea la fuente, se irá extendiendo por todas partes, hasta que llegue aquí, al pueblo, y después hasta dará luz; sí, madre, luz, y la luz llegará á usted, y la dará alegría para consolarle la vejez.

ROSA

¿Ves cómo te trastornas, hijo mío?

MANUEL

¿Por qué llora usted?

ROSA

Lloro de alegría de oírte, y de pena por lo que me dices.

MANUEL

Si sucederá; si todo esto tiene que suceder.

ROSA

Eres pobre y somos pobres; ¿no te acuerdas de que somos pobres?

MANUEL

Ya lo sé.

ROSA

¿No sabes que no habrá nadie que te ayude?

MANUEL

Es verdad.

ROSA

¿No te acuerdas de dónde vives? ¿No ves en dónde estamos? Mírate y mírame: somos unos tahoneros; piensa que no somos más que unos tahoneros.

MANUEL

Ya lo sé; pero hay momentos en que sueño, y me figuro que el sueño es verdad. No somos más que unos tahoneros, y pobres. ¿Pero es que no es triste sentirse alas y haber nacido en una jaula?

ROSA

Si de mí hubiese dependido el que nacieses en un palacio, créeme que allí hubieras nacido.

MANUEL

No son palacios ni riquezas; son fuerzas, son medios, es sostén lo que quería mi corazón.

ROSA

El mío no necesita más que una cosa, Manuel: te necesita á ti; yo no entiendo todo eso que me hablas; pero siempre sabré una cosa: estar contenta si lo estás tú; llorar si lloras, y morirme si muriéndome te pudiese traer la alegría.

MANUEL

(Abrazándola.) Usted sí que es una buena madre.

ROSA

Lo habría sido para muchos hijos, y no he tenido más que á ti. ¡Ya ves si tengo que ser madre!

MANUEL

Perdóneme usted y no hablemos más. Y ahora... Cogiendo un haz de leña y echándolo al horno. Y ahora leña al horno... Si se cociese pan con ilusiones, no necesitaría yo leña. Madre: ¿cuántos panes hay que hacer esta noche?

ROSA

Ya no lo sé. Me dices unas cosas tan extrañas que también me haces soñar despierta.

(Entretanto el *Maestro* ha entrado en la tienda y ha estado hablando con el *señor Juan*. Ahora entran todos.)

ESCENA VI

DICHOS; *el MAESTRO* y *el SEÑOR JUAN*.

MAESTRO

Dios os guarde.

MANUEL

Buenos días, señor maestro.

ROSA

¿Usted por aquí?

MAESTRO

Yo mismo. Dejad que me sienta; porque vengo por un asunto de gran interés para vosotros, para mí y hasta para el pueblo.

ROSA

¡Ay, Dios mío! No me asuste usted, señor maestro.

MAESTRO

Al contrario: si les traigo á ustedes una buena noticia, una de esas noticias que muchas veces cambian el porvenir de una familia.

MANUEL

¿Una buena noticia dice usted?

MAESTRO

Que han llegado, por suerte de todos, á ver la fiesta del pueblo, que, como sabes, es de las más típicas y tradicionales de la comarca, el gran pintor Pedro Carmoná, el no menos gran crítico señor Trilles y alguna otra persona entendida en el ramo de las artes plásticas.

MANUEL

¿Y qué quiere usted decir con eso?

MAESTRO

Que, como ustedes saben, yo, además de maestro de primera enseñanza, siempre le he tenido afición á la estética con su adherente la belleza.

Les he ido á buscar esta mañana para servirles de guía en el pueblo; hemos empezado á hablar de arte, y del arte hemos pasado á los artistas, y yo le he dado vuelta á la conversación para acabar hablándoles de ti.

MANUEL

¿Dice usted que les ha hablado de mí?

MAESTRO

Tal como lo oyes, y ya te diré el por qué. Ya sabes que yo siempre me he acordado de que guié tus primeros pasos en el espinoso camino del arte, y aunque no siempre hayas seguido mis ideas de estética, te quiero y te considero. He hecho más que hablarles de ti: les he rogado que viniesen á ver tus obras.

MANUEL

¿Aquí, á casa?

ROSA

¿Y vendrán?

MANUEL

No puede ser.

ROSA

¿Cómo les vamos a recibir?

JUAN

Naturalmente: no sé quién le manda á usted comprometer á las gentes.

MAESTRO

Yo tengo mis planes: déjenme á mí, que ya sé á lo que voy: hace tiempo que trabajo en la sombra. He dado pasos para conseguir que te pensionen, y hasta te digo, aquí entre nosotros, que no han sido infructuosos.

JUAN

Pero si nadie le querrá dar un céntimo.

MAESTRO

Yo cuando hablo sé por qué hablo. Ya he hablado con ciertos suscriptores para enviarte á estudiar á la ciudad, al extranjero, donde sea; ya se ha llegado á discutir hasta á qué extranjero tendremos que enviarte. Yo estaba por Roma, naturalmente; pero el notario estaba por Grecia, que dice que es la cuna del arte, y no le podíamos sacar de la cuna; pero como no había llegado la hora, yo no había dado más pasos.

JUAN

Y había hecho usted como un santo.

MANUEL

Pero ¿dice usted que me pensionarán?

MAESTRO

Sólo depende de una cosa: de la visita de estos hombres, de estos grandes hombres que van á venir aquí; lo que ellos digan estará bien; ante el pa-

recer reposado de personas expertas y entendidas, de verdaderos conocedores, como son estas emi-nenciás, todo el mundo se pondrá de acuerdo; se hace la suscripción, y en Roma están haciendo falta artistas. ¿Qué te parece?

MANUEL

No, señor maestro; que no vengan.

MAESTRO

Esa es buena. ¿Qué dices? ¿No te gustará recibir á esos señores?

MANUEL

Figúrese usted si me gustará; pero es que no tengo nada que enseñarles.

MAESTRO

¿Cómo se entiende que no tienes nada? ¿Y los cuadros? ¿y esas carteras llenas de dibujos?

MANUEL

Pero si no son más que ideas de cosas... Créame usted, que no vengan aún.

MAESTRO

Déjalo estar, que ellos tienen un golpe de vista seguro: donde ven una raya de lápiz, ya adivinan dónde está la falta. Nada, nada; hoy no es día de sentir, hoy es día de resolver. Prepara lo que tengas, y andando; yo voy á buscarlos en seguida.

MANUEL

Señor maestro... madre...

MAESTRO

No lo hago solamente por ti; lo hago tanto por ti como por el pueblo. Aquí no tenemos ningún hijo ilustre, y hay pueblos de tres al cuarto que ya lo tienen. He dicho en letras de molde, y ya lo sabéis, porque os lo he leído aquí mismo: «Las artes plásticas, con sus adherentes y hermanas, son el primer ornamento de los pueblos: la urbe que no estima el arte no entra en el concierto europeo ni en las manifestaciones progresivas; y el que no estima á sus artistas, entiendo yo que no merece sitial en el congreso del porvenir.» Dicho esto, voy á buscarlos.

MANUEL

Pero...

MAESTRO

Voy; es mi deber. ¿Me acompaña usted, señor Juan?

JUAN

¿Yo? Nunca.

MAESTRO

¿Y no va usted á asistir á la visita?

JUAN

Asistiré, porque me corresponde; pero neutral.

MAESTRO

Entonces, también le corresponde á usted venir.

JUAN

Le acompañaré á usted; pero vuelvo á repetirle, neutral, para que no digan.

MAESTRO

Todo lo neutral que usted quiera. Andando.

MANUEL

¿No le parece á usted bien que yo vaya?

MAESTRO

No; tú á preparar los cuadros. Y acuérdate de Rafael, cuando le presentaron á Miguel Angel.

(El señor Maestro y el señor Juan salen.)

ESCENA VII

ROSA, MANUEL, ISIDRO y JUANILLO.

MANUEL

Madre: ¿pero qué les voy yo á enseñar á esos pintores?

ROSA

¡Qué sé yo, pobre de mí! Todo lo que has hecho; á los maestros no se les debe ocultar nada.

MANUEL

Si todos son estudios, y nada más.

ROSA

¿Y los cuadros?

MANUEL

Si no están más que empezados.

ROSA

¿Y la Virgen que está llorando?

MANUEL

Se reirán de ella.

ROSA

¡Qué se han de reir, bobo! Ya verás; déjame á mí. Juanillo: trae ese cuadro que está en la alcoba; el que á mí me gusta más.

(Juanillo entra corriendo en la habitación.)

MANUEL

Pero si es el primero que hice.

ROSA

Mejor; ya verás cómo se quedan encantados en cuanto le vean. Es la imagen más devota que he visto en mi vida; si estuviera en un altar, haría milágnos.

ISIDRO

Y el hombre que está amasando, ¿no le sacáis?

MANUEL

No.

ISIDRO

Como quieras; lo decía porque es de mi oficio.

JUANILLO

Aquí está; la Madre de Dios se ha aparecido.
¡Qué guapa es! ¿No es verdad, Isidro, que es muy guapa?

ISIDRO

Calla, que tú no entiendes de eso.

ROSA

Ahora trae aquel ótro de mi cuarto, el que mira hacia todos lados.

(Juanillo sale á buscarle.)

MANUEL

Pero, si ese...

ROSA

Ese está muy bien.

MANUEL

A usted todos le parecen muy bien; pero ellos no los mirarán como usted.

JUANILLO

(Entrando.) Aquí está la otra imagen.

ISIDRO

No corres tanto cuando hay que llevar tortas.

MANUEL

(Colocando los cuadros.) Póngamelos aquí, que tendrán buena luz.

ROSA

(Volviéndolos del revés.) Así.

MANUEL

Pero, ¿por qué los vuelve usted del revés?

ROSA

Porque luego los pondré de frente y les darán más golpe cuando los vean.

MANUEL

Está bien.

ROSA

¿Quién me había de decir, antes de nacer, que algún día iba á enseñar cuadros? Las madres no empezamos á andar hasta que nos guían los pasos de los hijos.

MANUEL

¡Pobre madre!

ROSA

Y ahora que ya tenemos los cuadros, ¿por qué no te arreglas un poco para recibir á todos esos señores?

MANUEL

No, eso no; bien estoy como estoy.

ROSA

(Arreglándole.) Siquiera el lazo de la corbata. Así.
¿No estás contento?

MANUEL

Mucho; pero estoy inquieto de la misma alegría.
¿Qué pasará?; ¿qué van á decir?

ROSA

Vamos, no cabiles, y sosiégate.

MANUEL

Madre: hoy me juego la suerte de la vida. Ya ha oído usted al señor maestro: según lo que digan estos pintores, me pueden salvar ó me pueden perder.

ROSA

¿Por qué dices eso?

MANUEL

Porque es así; sé que es así. Si no me pensionan, aquí me quedo para siempre jamás, á morirme de tristeza en el pueblo.

ROSA

¿Morirte por quedarte aquí?

MANUEL

Y si me pensionan, si puedo volar como ambiciono, no habrá llanura bastante ancha para el vuelo que voy á dar.

ROSA

¿Ves cómo llega lo que yo te decía?; ¿ves cómo se marchan los hijos pintores, para ir á ese no sé dónde de que yo te hablaba?

MANUEL

¿No quiere usted que sea feliz?

ROSA

¡Y me lo preguntas!

MANUEL

¿Quiere usted que me quede?

ROSA

No lo sé.

MANUEL

¿No ve usted que la tierra es mucho más grande que este rinconcito de tahona?

ROSA

Es verdad; es mucha verdad.

MANUEL

¿Quiere usted dejarme morir en este rincón?

ROSA

¡Qué he de querer que tú te mueras, si sólo el oírtelo decir ya me espanta! (Llorando.) Tienes razón, no es á ti á quien te toca morirte.

MANUEL

Pero si será un bien para todos: si seremos felices, madre, ¿no querría usted que viniesen?

ROSA

(Llorando.) No me preguntes más, que me matas: que tarden en venir... pero que vengan.

ESCENA VIII

DICHOS, *el MAESTRO*, SEÑOR JUAN, *CARMONA*,
TRILLES y ALBERTO.

JUANILLO

(Desde la puerta.) Ya están aquí, ya están aquí.

ROSA

¿Ya? Recíbelos tu, hijo, mientras quito el polvo á los cuadros.

MAESTRO

(Al señor *Trilles*, entrando.) Pues sí, señor, usted, como crítico, ya sabe quién era el gran Ricci, y quién era Juan de Toledo, el primer pintor de batallas.

TRILLES

Les conozco de nombre.

MAESTRO

Yo ya le he dicho á usted que soy partidario de lo que se llama sublimidad.

TRILLES

Estoy seguro de que usted y yo acabaríamos por entendernos.

MAESTRO

(A *Carmona*.) Pase usted, y entre usted el primero; le corresponde á usted, señor *Carmona*.

ROSA

Pasen ustedes, y siéntense.

CARMONA

Nada de cumplimientos: los pintores no hacemos cumplidos; estamos acostumbrados á todo.

ROSA

Siéntense ustedes y perdonen, que todo está lleno de harina.

CARMONA

Sí, ya veo que son ustedes tahoneros. Si un hijo de usted quiere ser pintor, como dicen, al menos no le faltará pan.

TRILLES

Cierto.

(Sentándose al lado de *Carmona*.)

ALBERTO

(Quedándose detrás.) No todos podemos decir lo mismo.

MAESTRO

Aquí tienen ustedes al aprendiz, al aficionado á las artes plásticas; este es el muchacho que les decía.

MANUEL

Bien venidos, señores.

MAESTRO

Y aquí tienes á estos grandes artistas, muchacho, que vienen á esta choza; aquí el señor Carmona, eminente Apeles; el señor Trilles, el gran crítico, y este joven que...

ALBERTO

Por este joven no se apure usted: soy el último mono de la compañía.

MAESTRO

(Riéndose.) Pero también artista.

ALBERTO

Artista de solemnidad; pero no se apure usted por mí, que no hago más que servir de fondo.

(El *Maestro* se sienta.)

CARMONA

(Por el señor *Juan*.) Y este señor, ¿también es de los nuestros?

JUÁN

¿Yo?, ¡quía! Yo soy el amigo del difunto.

CARMONA

(A *Manuel*.) Bueno; ya sabe usted á qué hemos venido: el señor maestro nos ha hablado de que dibuja usted y pinta, y para eso venimos, á ver lo que usted hace, y si podemos darle un consejo, dárselo.

MANUEL

Yo, créanme ustedes, no me hubiera atrevido á hacerles venir; pero...

TRILLES

¿Por qué?

CARMONA

¿Es que le da á usted vergüenza?

MANUEL

Por mí no; por mis obras.

CARMONA

Vamos, hombre; con nosotros puede usted tener confianza. Los pintores somos como una familia.

ALBERTO

Sí: un poco desunida.

CARMONA

No: un mucho.

TRILLES

Pero eso cae por fuera. ¿Y qué maestros ha tenido usted?

CARMONA

¿Y por qué ha de haber tenido maestros? El mejor maestro es uno mismo.

TRILLES

Hombre, yo creo que el artista nace; pero también se hace.

MAESTRO

Acaso no me esté bien el decirlo; pero el único maestro que ha tenido soy yo. Y si no le he formado á mi modo es porque yo tengo mi estética, y él...

CARMONA

No le preocupe á usted la estética. (A Manuel.)
¿Cómo le empezó á usted la afición?

ROSA

De niño: ya cuando era así hacía unos adornos que nos quedábamos embobados.

MANUEL

Madre...

CARMONA

Déjenselo decir á él: siempre es interesante saber cómo viene una vocación.

MANUEL

Mi madre dice bien: fué como un afán que me entró de recordar todo lo que veía; pero así como las criaturas quieren recordar las palabras, yo quería recordar las líneas, los colores y, sobre todo, la expresión; en vez de letras hacía rayas, y antes de leer ya escribía.

TRILLES

Muy bien.

MANUEL

Después empecé á ir á la escuela, y el maestro me hacía copiar estampas, láminas y esos modelos que ustedes saben. Pero, con perdón suyo, ya que está aquí presente, yo no copiaba aquello de buena gana.

MAESTRO

Hay que empezar por el principio, ¿no es así?

MANUEL

Puede ser; pero á mí me consumía los nervios aquel modo de empezar. A mí me gustaba inventar, no hacer lo que veía delante, sino lo que quería ver; no lo que tenía cerca, sino lo que tenía lejos.

CARMONA

Ya es querer, ya.

MANUEL

Después fui dos ó tres veces á la ciudad: cuando veía una exposición, me la comía con los ojos; iba siguiendo todos los cuadros uno por uno, como si fuesen flores y yo una abeja; al pronto me parecían todos bien, y hermosos, y llenos de luz; pero llegaba al día siguiente aquí, al pueblo, y cuando los volvía á recordar y los comparaba con lo que estaba viendo, con los hombres de verdad, con la expresión de la gente, con la luz del cielo y de las nubes, me parecían acartonados, negros y todos

iguales; sobre todo eso, todos iguales, como si hubiesen salido de una misma fábrica y los hubiesen pintado á tanto por hora; y entonces me entraba hambre de pintar cuadros diferentes, ó locos ó extraños ó silvestres ó como saliesen, pero que no fuesen de molde.

CARMONA

¡Bravo, bravo! Quiere usted tener lo que se llama personalidad, ¿eh?

MANUEL

No sé lo que quiero tener; pero sí sé lo que aborrezco. Aborrezco todo lo que no es sincero, el artificio, el asunto y el hacer comercio con una cosa que á mí me parece tan sagrada como los mismos santos del altar.

CARMONA

Vamos, que para la edad que tiene usted, ya aborrece usted bastantes cosas.

MANUEL

Perdóneme usted; pero creo que tengo el deber de decir lo que siento. Yo no sé nada; pero quiero ser artista, quiero ser lo que yo entiendo por ser artista; no rebajarse á pintar cosas que el corazón no dicte.

CARMONA

Está muy bien lo que usted dice; habla usted como un libro; pero yo también tengo que decirle

á usted una cosa, aprendiz de anacoreta: tengo que decirle á usted que primero necesitaríamos saber qué quiere decir eso de sinceridad; los pintores más sinceros son los que pintan ex votos, y es porque no saben pintar otra cosa; digo á usted también que, siguiendo el camino que usted dice, es uno pobre toda la vida, y tengo que acabar por decirle á usted que todos empezamos dando un ¡viva! á la independenciam; pero ¡ay, criatura inocente!, el público, los críticos, los amigos, hasta el deber y la familia parece que empujan la mano para obligarla á pintar más de prisa, y hoy una concesioncita, y mañana un resbalón... hijo mío, cuando uno se hace viejo la mano corre, corre más que la voluntad, y cuando el cerebro se entera, ya la mano se ha acostumbrado á coger los cuartos. Ante las necesidades del vivir, el artista acaba por venderse.

MANUEL

Yo no me venderé nunca.

TRILLES

Yo le apruebo á usted.

CARMONA

¿Tú? Vamos, no vengas ahora aquí á predicar; tú, que te figuras que escribes críticas sinceras, también haces tus concesiones.

TRILLES

A los amigos, no diré que no.

CARMONA

Y á los enemigos diré yo que sí. Muchas veces revientas por tabla: alabas á uno para tumbar á otro.

ALBERTO

¡Dominó!

CARMONA

Pero bueno, no hemos venido á discutir; andando, veamos estas obras.

MAESTRO

Yo, oyendo controversias elevadas me pasaría media vida.

CARMONA

Vengan, vengan los cuadros.

MANUEL

No.

MAESTRO

¿Qué dices?

MANUEL

No les van á gustar, ya lo sé.

CARMONA

¿Y cómo sabe usted que no nos van á gustar?

MANUEL

Antes lo temía... y ahora... lo temo más que antes.

TRILLES

¿Porqué dice usted eso?

MANUEL

Por nada; porque veo que los encontrarían inocentes, ex votos.

CARMONA

¡Ja, ja! ¿Se ha ofendido usted?

MANUEL

Aún no tengo derecho á ofenderme.

ROSA

¡Bah, bah! Yo los iré enseñando, si ustedes quieren, porque ya me los sé de memoria.

CARMONA

Muy bien; eso es; nadie como usted para enseñarlos.

(Mientras Rosa enseña los cuadros, el señor Juan, Isidro y Juanillo salen del fondo y, poco á poco, se acercan á mirarlos.)

ROSA

Empezaré por el más bonito, que es éste: aunque no quiera me encanto con él; si me atreviese, hasta le rezaría. ¿No les parece que da devoción?

CARMONA

(Fríamente.) Está muy bien.

TRILLES

Muy bien.

ROSA

Pues éste todavía les va á parecer á ustedes mejor. (Quitándole el polvo.) Está lleno de polvo; y es que éste á mi hijo no le gusta; dice que está demasiado bien.

TRILLES

Si es el mejor.

MANUEL

Déjelos usted, madre; déjelos en la alcoba; á estos cuadros no les va bien la luz.

CARMONA

Pero, ¿por qué?

MANUEL

Por nada: me da angustia que ustedes los miren. Parece que es la primera vez que los sacan á la vergüenza.

TRILLES

Vamos, no sea usted tan modesto.

MANUEL

Si no lo digo por modestia; lo digo porque nunca me habían parecido tan poca cosa; los miro con mis propios ojos, y, nada, me parecen ajenos.

TRILLES

Es curioso.

ROSA

Les voy á enseñar á ustedes otro, sí, señores, que no hay quien le haga mejor.

CARMONA

Es muy... sincero, y comprendo que usted le alabe.

ROSA

Ustedes perdonen que los pondere tanto. Soy madre, señores, y nosotras creo que no miramos con los ojos; debemos mirar, ó con el corazón ó con los sentimientos ó con lo que sea; pero en tratándose de los hijos, no vemos como las personas.

MANUEL

Lléveselos usted, le digo; que ya los han visto todos.

MAESTRO

¿Y la cartera?

MANUEL

¿La cartera también? Recójalo todo, que estos señores tienen prisa.

MAESTRO

No sé que le pasa hoy á este muchacho.

ROSA

Está trastornado.

MANUEL

Sí que lo estoy; pero ustedes perdonen.

CARMONA

No se altere usted, que yó ya comprendo estas crisis; he pasado por ellas y me hago cargo. Oígame usted un momento, artista, que no le voy á sermonear, porque á los pintores no nos está bien echar sermones: usted es romántico, y eso de ser romántico es mala cosa; tiene usted talento, no lo digo por alabarle, estoy segurísimo de que lo tiene usted; pero no tiene usted el talento práctico, y hoy —aunque amargue el creerlo— hasta para ser idealista hay que ser idealista práctico. Ustedes no son ricos, ¿verdad?

ROSA

Tenemos un pasar.

CARMONA

Entonces, me da mucha pena decirles lo que tengo el deber de decir, ya que me piden ustedes opinión: antes de decidirse á ser pintor, piénselo usted bien; el oficio es muy hermoso, mucho, visto desde fuera; al comenzar la vida le ve uno como un ideal que vuela en un carro de llamas de oro, con una aurora boreal por fondo; pero esa visión dura poco; si no tiene usted bastante talento ni bastantes músculos, caerá usted en una miseria que es la más triste de todas, la miseria vergonzante; y si

lo tiene usted, si tiene usted la desgracia de tenerlo, ¡ay, entonces! cómo se lo harán á usted pagar los amigos, los envidiosos, y hasta los protectores y los de buena voluntad. Uno lucha al principio, lucha todo lo que puede; pero después se va rindiendo, rindiendo, y cuando empieza á ser viejo, los que antes le negaban el genio, dicen que le ha tenido y que va decayendo, y cuando el nombre está bien decaído y muerto, entonces sí, entonces le le vantán, porque como los muertos no cuentan, no estorban á los vivos. Total: un camino de abrojos para coger una flor en la tumba.

MANUEL

Eso no puede ser verdad.

CARMONA

Ya le dirá á usted el tiempo si puede ser ó no, porque ya sé que no valen pláticas, y que seguirá usted la suya: el que quiere casarse ó ser artista, siempre que pide parecer es para que le den la razón, y si no se la dan, no hace caso. Yo ya le he dicho á usted mi opinión, y puede usted creer que es por su bien. Cúidese usted ese romanticismo, que estorba mucho en la vida, y si no quiere usted hacerme caso, ya nos veremos. (Alargando la mano á Manuel.) ¿No quiere usted darme la mano porque le he dicho lo que pienso?

MANUEL

Que ustedes sigan bien.

TRILLES

¿Nos vamos?

CARMONA

Perdónenme ustedes todos (A Rosa.), y usted más que nadie.

(Se va.)

MAESTRO

Ya lo habéis oído; no hay nada de lo que os proponía; los maestros son maestros, y ante su parecer, los ignorantes tenemos que bajar la cabeza.

(Se va.)

JUAN

A mí no me coge de nuevas; ya me lo figuraba. Al horno, muchacho, que es lo positivo.

(Se va.)

MANUEL

No es verdad; eso no es verdad. Porque están por encima de todo no quieren mirar á los que estamos abajo.

ALBERTO

Sí es verdad lo que le han dicho á usted; pero óigame usted á mí, que no he dicho nada. Hay quien dice que ama á su arte, pero quiere que el arte le corresponda; y hay quien no espera nada y se contenta con amarle: estos son los que han hecho voto de pobreza, los cenicientos del arte, los

ermitaños de la pintura; yo soy uno de ellos. Si quiere usted venir conmigo, le haré sitio en mi guardilla; no tengo en ella muebles, pero tengo luz, y la luz también hace vivir; así es que ya lo sabe usted, si quiere usted hacer de ermitaño, tome; (Dándole una tarjeta.) aquí le guardo á usted una celda.

(Se va.)

MANUEL

No puedo; no creen en mí (Se va á llorar sobre la cartera.) Nadie, nadie cree en mí.

ROSA

Cálmate, hijo mío; yo sí creo. Si la gente que dice que lo entiende no cree, es porque no tiene corazón; pero yo sí creo.

MANUEL

(Abrazándola.) ¡Madre!

ROSA

Ve, ve adonde tengas que ir, que yo aquí sostendré la casa. Vete, que no te faltará nada.

ISIDRO

Yo soy viejo... pero no lo soy. Aquí trabajaré junto al horno. Vete á amasar tus cosas, que mientras yo viva tendrás pan.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una habitación muy pobre, casi un desván, que han arreglado para estudio. En la pared del fondo dos ventanales con los cristales de abajo tapados para que la luz venga de arriba, y una puertecilla. A un lado, la puerta de la escalera. A otro, la de las habitaciones. Por el taller, algún caballete, estudios colgados, un biombo, una estufa, una tarima para el modelo, papeles, carteras y otros objetos de estudio en desorden.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y MANUEL.

(Al levantarse el telón, *Alberto* está pintando unas manzanas que tiene encima de una mesa. Deja de pintar, coge una manzana y se la come. Entra *Manuel*.)

MANUEL

¿Ya estás merendando?

ALBERTO

Me estoy comiendo el modelo. Pintaba estas manzanas, y como ya las he pintado, me las como.

MANUEL

Muy bien pensado.

ALBERTO

Ya lo ves. Tengo que hermanar el arte con la vida; por eso pinto bodegones. Primero cumplo con los ojos, y luego quedo bien con el estómago.

MANUEL

Siempre serás filósofo.

ALBERTO

Si no lo fuese, me obligaría la miseria. Así es que vale más serlo espontáneamente. Y tú, ¿de dónde vienes?

MANUEL

Si te he de decir la verdad, no lo sé. De rodar, de dar vueltas por las calles. Desde que envié el cuadro no puedo estar tranquilo. Paso por la Exposición, me detengo delante de la fachada, y me digo: Pronto se abrirán las puertas de par en par, como las de un templo, y todo el mundo admirará tu obra, y la gente irá conociendo tu nombre, que ahora no sabe nadie, y hasta acabarán por aprenderse de memoria.

ALBERTO

No andas mal de ilusiones.

MANUEL

¿De qué viviríamos los pintores si no viviésemos de ilusiones? El caso es que nunca había visto el mundo tan hermoso como desde que tengo el cuadro allá dentro. Y dicen que este año tarda en venir

la primavera. La primavera llega cuando uno la tiene dentro.

ALBERTO

¿Pero á ti qué te importa que el cuadro guste ó

MANUEL

La opinión hace la gloria.

ALBERTO

La gloria no lleva prisa. Dicen que las obras maestras no se hacen; se vuelven.

MANUEL

Ya lo sé; pero déjame fantasear un poco. ¿No ves que me ha costado tanto el dichoso cuadro? ¿que le he dado lo que no podía? ¿que he empeñado hasta la juventud para conseguir hacerle hombre, y enseñársele al mundo? Déjame ser feliz un rato.

ALBERTO

Sí, hombre, sí; y por muchos años.

MANUEL

¿No tienes tú fe en abrirte camino?

ALBERTO

¿Yo? Ya lo creo que la tengo. Pero no me impaciento. Para mí ya pasó la luna de miel con el arte. También envié cuadros á las Exposiciones; pero cuando era niño.

MANUEL

¿Ahora eres viejo?

ALBERTO

Tengo treinta años; pero veintinueve de experiencia. Eso sí, cuando yo enviaba cuadros, siempre alquilaba un mozo de ida y vuelta. Y hacía bien, porque siempre me los devolvían.

MANUEL

¿Y por qué?

ALBERTO

Por incomprendido, ó porque no señalaban la hora justa. Siempre he hecho yo una pintura que adelanta ó que atrasa. (*Manuel se ríe.*) Sólo una vez me admitieron uno, y fué por distracción.

MANUEL

¿Y qué era?

ALBERTO

Una marina mercante. Cuando abrieron la Exposición me pasé buscándola tres días. ¡Pobrecilla! Y es que se había quedado en un rincón.

MANUEL

¿En el suelo?

ALBERTO

Llena de telarañas. Suerte que encontraron un clavo, un clavo triste, encima de todo, junto al techo, porque si no no le hacen ni el honor más humilde á que puede aspirar un cuadro: colgarle como á un asesino. (*Manuel se ríe.*) No te rías, no, que yo al pronto casi lloré. Lágrimas al óleo, aunque me esté mal el decirlo. Pero después pensé que siempre la gloria está muy alta, y que ya tenía un hijo en la gloria.

MANUEL

Dios te conserve el buen humor.

ALBERTO

Di la resignación. Si no fuera por la dignidad que debe tener todo artista, ¿á que no sabes de qué me dan ganas?

MANUEL

¡Qué sé yo!

ALBERTO

De pedir limosna á la puerta.

MANUEL

¡Pobre Alberto!

ALBERTO

No, hombre, no; no me compadezcas, que no hay para qué. La suerte sube y baja como arcaduz de noria. Mira, al día siguiente de aquel desengaño, me faltó poco para vender el cuadro.

MANUEL

¿Cuánto te ofrecieron?

ALBERTO

A mí nada. Digo que me faltó poco porque compraron el que estaba debajo. *La última gota de sangre.* Un hombre abrazado á un haz de banderas.

MANUEL

Todo llegará. No te desanines.

ALBERTO

¿Desanimarme yo? ¿No te he dicho mil veces mis teorías artísticas? ¿No sabes que yo no quiero ser general del arte, sino soldado sin número? Ya sé que no llegaré nunca á nada. Lo sé de cierto. Pero prefiero pintar y no vivir á hacer lo que todo el mundo llama ir viviendo. ¿Que no puedo hacer más de lo que hago? Pues haré menos, y adelante. ¿No hay quien vive de migajas de pan? Pues yo viviré de migajas de pintura.

MANUEL

A mí tampoco me asusta la miseria. Y si estoy lo contento que estoy es porque me acuerdo de mi madre, y sé que es vieja, y que vive allí junto al horno, mirando siempre hacia donde estoy, y toda la gloria que ha de venir, no la quiero por mí, la quiero por ella.

ALBERTO

Pero entretanto no la escribes.

MANUEL

¿Y qué quieres que le escriba, penas? Al principio de estar yo aquí, ya sabes que me enviaba dinero. Pero ¿puedo admitir yo unos cuartos que se los quita de vivir? Ahora cree que no me falta nada. Pues que siga creyéndolo.

ALBERTO

¡Pobre mujer!

MANUEL

Y ya sabes tú si no nos falta nada.

ALBERTO

Lo sé de sobra.

MANUEL

Debemos el alquiler. Lo debemos todo. Yo hasta debo la tela y el marco del cuadro. Y para tenerle que contar mentiras, prefiero no escribir. ¿No te parece que hago bien?

ALBERTO

Sí, haces bien. Pero de poco te servirá. A las madres no se les engaña. Cuando no saben, adivinan. De seguro habrá llorado más lágrimas que letras has dejado de escribirle.

MANUEL

Pero las lágrimas de las madres con un abrazo se secan.

ALBERTO

Tienes razón. Pero yo por eso no quiero familia. Desde que se murieron los míos, fuera enterrecimientos y afecciones. La familia es un lujo seglar que no puede permitirse un ermitaño.

MANUEL

Me parece que yo, en cuanto á lujos...

ALBERTO

Tú tienes el lujo más grande que puede permitirse un pintor. Tienes el lujo de querer. Quieres á tu pueblo. Quieres á los tuyos. Estás chiflado por la modelo. ¡Y todavía quieres más derroche!

MANUEL

Sí que es verdad. Y hoy más que nunca, porque espero. Cuando tengo alguna alegría parece que el pecho se me ensancha y que cabe todo el mundo dentro.

ALBERTO

Y no queda lugar para el arte.

MANUEL

Al arte le guardo la sala de recibo.

ALBERTO

Pues no puede ser. El arte no admite serrallo, ni de las afecciones más puras. ¿Te figuras que no le vendría bien á eso que tengo como todo el mundo y que se llama corazón salir á mirar unos ojos y quedarse embobado, y luego una boca y besarla, y luego unos labios y vuelta á empezar? Pero, hijo mío: enamorado y pintor no puede ser. Son demasiados oficios para un hombre solo. Si te casas, ofendes al arte, y si te mueres, dejas una viuda de las que tienen que llevar luto... de color de ala de mosca.

MANUEL

Déjame. Soy joven, tengo ánimo y no me asusta nada, ni la desgracia.

ALBERTO

Eso está bien dicho.

MANUEL

Tengo el cuadro en la Exposición, y tengo un hervidero de ideas, que ya las verás cuando broten.

(Llaman.)

ALBERTO

Y aquí debes tener á tu Julieta. Abrela tú, que yo no te quiero estorbar. Mientras tú haces de tórtolo, voy adentro á hacer boca, que el modelo me ha abierto el apetito.

ESCENA II

MANUEL, ISABEL y AMPARO.

ISABEL

Buenos días, Manuel. Ya sé que hoy no se trabaja. Pero no importa. Tenía muchas ganas de verte.

MANUEL

Llegas á tiempo; si no, te hubiera ido yo á buscar.

ISABEL

¿Sucede algo?

MANUEL

Al contrario. Todo marcha bien. Te hubiera ido á buscar, porque tengo que hacerte un regalo.

ISABEL

¿Qué es?

MANUEL

Alegría. Una alegría que no me cabe en el alma, y que te quería contagiar.

ISABEL

¡Ja, ja! ¿No es más que eso? ¿No sabes que alegría me sobra?

AMPARO

(Entrando, muy cansada.) ¡Qué escalera! Sólo por una hija se puede subir.

MANUEL

Pero, mujer de Dios; ¿por qué ha venido usted?

AMPARO

Primero, por deber. Mientras yo pueda tenerme de pie, no quiero que la niña vaya sola. Y después, porque para estar sentada, tanto me da estar sentada aquí como en mi casa.

MANUEL

¿Es que tiene usted miedo de que se le pierda la niña?

AMPARO

Yo no tengo miedo de nada, tratándose de ella y de mí. La he criado en buenos principios. Pero tengo miramiento por el qué dirán. Las que tenemos hijas como Dios manda, necesitamos ocuparnos del bien parecer.

ISABEL

Lo que es yo ya podía andar sola.

AMPARO

Puedes andar, y andas; pero no está bien. ¿No es mi deber guardarte? Pues si no te guardo, no cumplo.

MANUEL

Bueno, guárdela usted desde el sillón. Aquí en su sitio, doña Amparo.

(Doña Amparo se sienta.)

ISABEL

Y duérmase usted un ratito, si quiere; pero no vaya usted á roncar.

AMPARO

Gracias á que tengo la suerte de dormirme. Mientras duerme una no cabila.

MANUEL

¿Y qué tiene usted que cabilar?

AMPARO

Si te parece poco pensar que yo, doña Amparo, viuda de un capitán de la guardia civil, tenga que acompañar á mi hija... ¿Y adónde? A servir de modelo.

MANUEL

¡Qué! ¿no es oficio digno el servir de modelo?

AMPARO

Lo será ó no lo será, eso yo no lo sé. Pero yo no criaba á mi niña para modelo. En cuanto se murió su padre, como nos quedamos con tan poca paga, la matriculé en el Conservatorio.

ISABEL

Eso ya nos lo ha contado usted muchas veces.

AMPARO

Pues lo quiero volver á contar. La matriculé en el Conservatorio, y ya ves de lo que nos ha servido. Aprendió un poco de piano, que con los años hubiera llegado á ser profesora; aprendió á cantar, y hubiera llegado á ser tiple. Pero como yo me voy haciendo vieja.

ISABEL

Bueno, madre.

AMPARO

Mientras á mí no me entró este sueño, que yo ya sé que no es natural... pero, claro, donde llegó el sueño se acabó el esfuerzo.

MANUEL

(A Isabel. ¿Por qué no viniste anoche?

ISABEL

¿Te figuras que puedo venir á todas horas?

AMPARO

Después, como no servía para coser, ni para despachar en una tienda...

MANUEL

(Queriendo besar á Isabel.) ¿Te has acordado de mí?

ISABEL

(Retirándose.) Que todavía no se ha dormido.

AMPARO

(Durmiéndose.) Los pintores dijeron que servía... y después te encontramos á ti... y aquí nos tienes, miseria con miseria... (Se duerme.)

MANUEL

Y buenas noches. Ya se durmió.

ISABEL

¡Lo que tendrá dormido fuera de casa! Hay momentos en que hasta me da lástima.

MANUEL

La quieres, ¿verdad?

ISABEL

Tú dirás... es mi madre.

MANUEL

La quieres más que á mí.

ISABEL

Vaya una pregunta. Si yo te lo preguntase á ti, ¿qué me contestarías, vamos á ver?

MANUEL

Contestaría que os quiero á las dos.

ISABEL

Pues yo prefiero no contestar.

MANUEL

¿Por qué?

ISABEL

Porque tendría que pensarlo, y á mí no me gustan los quebraderos de cabeza. ¿No te quiero? Pues déjalo correr.

MANUEL

Perdona.

ISABEL

¡Ja, ja, ja! Vamos, hombre, no hables en serio, que ya sabes que á mi serio no me gustas. Vamos, riete.

MANUEL

¡Qué cabeza de pájaro tan hermosa!

ISABEL

Hay días en que si no fuera por mí parecerías un Nazareno.

MANUEL

¿Hoy también?

ISABEL

Hoy no tanto. Hoy parece que estás de buenas.

MANUEL

Es que espero la suerte.

ISABEL

¿Y es del cuadro de donde nos tiene que venir

MANUEL

Sí,

ISABEL

¿De ese cuadro que Alberto y los compañeros mártires predicán que es una gran obra?

MANUEL

Es claro.

ISABEL

¡Ay! Yo no lo entiendo; pero me parece que no harás dinero con él.

MANUEL

No pienses en el dinero.

ISABEL

¿Pues en qué quieres que piense? ¿en el arte?

MANUEL

Calla, mujer.

ISABEL

¡Ja, ja, ja! En el arte.

MANUEL

¡Isabel! ¡Tonta! ¿No ves que si estoy contento es porque en cuanto pueda te vendrás conmigo y viviremos juntos? Si espero la felicidad para ti.

ISABEL

No sé cómo te hago caso. Hasta he llegado á pensar muchas veces que tienes gusto en ser pobre y en que yo lo sea por causa tuya. Que tienes una vanidad de pasar por miserable. Que tienes el orgullo, te lo juro, el orgullo de llevar andrajos en la ropa.

MANUEL

¿Por qué me dices eso?

ISABEL

Porque podrías pintar cosas que le gustasen á la gente, y no las pintas. Y prefieres salirte con la tuya, sólo por gusto de llevar la contraria.

MANUEL

Déjame las ilusiones, que hoy es día de ellas.

ESCENA III

DICHOS y ALBERTO.

ALBERTO

(Entrando con una gran olla.) ¿Habéis soñado ya bastante? Pues llegó la hora de la materia.

MANUEL

¿Qué traes ahí?

ALBERTO

Pasta hidráulica. Patatas cocidas. Tenemos la vida asegurada para ocho días, que ya es asegurar. (Saca tres ó cuatro platos de un armario y los pone en la mesa.) El que quiera comer que levante el dedo.

AMPARO

(Despertando.) ¿A qué huele?

ALBERTO

A alimentos, doña Amparo. Usted entiende la vida. Mientras hacían castillos en el aire, dormía usted. Huele usted la realidad, y despierta. Vamos, que ya tomará usted un platito.

AMPARO

¡Ay! A esta hora no podría.

ALBERTO

Vamos, mujer; un platito, y se vuelve usted á dormir.

AMPARO

Sólo por probarlas.

ALBERTO

Tome usted. Las patatas refrescan mucho.
¿Vosotros no queréis?

ISABEL

Yo no.

MANUEL

Yo tampoco.

ALBERTO

Es verdad, que tú vives de ilusiones. Brindemos.

MANUEL

¿Con patatas vamos á brindar?

ALBERTO

¿Qué más da? Lo importante en los brindis no es con lo que se brinda, sino por lo que se brinda. Brindo porque tu cuadro famoso te pueda dar muchas patatas, pero glorificadas.

AMPARO

Y dinero.

ISABEL

Y amor.

MANUEL

Y fe.

ALBERTO

Eso es. ¡Viva el ideal con patatas!

ESCENA IV

DICHOS, CARMONA y TRILLES.

CARMONA

¿Se puede entrar?

ALBERTO

Adelante.

TRILLES

Buenos días.

MANUEL

¿Cómo? Ustedes por aquí.

CARMONA

Alto vivís, muchachos.

ALBERTO

Como en un palomar.

MANUEL

Merendando nos encuentran ustedes.

ALBERTO

Si ustedes gustan, sin cumplido. Tenemos merienda para quince días.

CARMONA

Sí; ya veo que estáis de juerga.

ALBERTO

Siéntense ustedes, que aún quedan sillas.

CARMONA

Gracias.

MANUEL

¿A qué debemos este honor?

TRILLES

Ya lo verás.

CARMONA

Ya sabes que siempre que puedo os vengo á ver. Tengo cariño á Alberto hace mucho tiempo, y á ti también, aunque me quieras mal. No hay nada que nos convenga tanto á los que ya empezamos á ser viejos como visitar á la juventud. Es una sacudida para los nervios.

TRILLES

La juventud da ánimos.

CARMONA

Pero hoy vengo por obligación. Por obligación, por deber y hasta por descargo de conciencia. Vengo para darte una noticia, que creo que me toca á mí darte antes de que la sepas por otros. Puedes creer que siento de todo corazón el tener que venir á dártela.

MANUEL

¿Qué quiere usted decir?

CARMONA

Ya sabes que soy del jurado. Un cargo que me hicieron admitir por fuerza, y que ojalá no le hubiese admitido.

MANUEL

Ya lo sé. Diga usted.

CARMONA

Pues nada; que mis compañeros de jurado, ó mis enemigos de jurado, después de estar batallando conmigo tres horas, y de discutir y de acalorarnos, pues... que acaban de rechazarte el cuadro.

MANUEL

¿Qué? ¿el cuadro? ¿mi cuadro, dice usted?

ALBERTO

No puede ser.

CARMONA

No podía ser; pero ha sido.

TRILLES

Una... torpeza, eso es.

CARMONA

Yo he protestado, he discutido, he gritado... te he defendido como á un hijo; pero los votos son votos, y ellos han podido más. Se ha puesto á votación, y nada, que han tenido mayoría.

MANUEL

¡Miserables!

TRILLES

Calma.

AMPARO

(A Isabel.) ¿Lo ves? ¿Ves lo que yo te he dicho siempre?

MANUEL

Pero, ¿es que no saben que el cuadro... mi cuadro, es más que mi vida... mucho más que mi

vida, y que con él me salvan ó me pierden? ¿No ven que me matan, que me pisotean el porvenir, que me arrancan el corazón á pedazos? ¡Madre, madre!

CARMONA

Tienes razón, razón que te sobra.

TRILLES

Toda la razón.

MANUEL

Entonces, ¿por qué me escupen de allí? ¿por malo?

CARMONA

No.

MANUEL

¿Por tonto?

CARMONA

Tampoco.

MANUEL

¿Por nuevo?

CARMONA

Por nuevo; ahora lo has dicho; por nuevo.

MANUEL

¡Dios mío! ¿Pero es que esos hombres se figuran que pueden atar el pensamiento? ¿No ven que aunque tiren los cuadros no tirarán á los artistas? ¿No ven que si aventasen las cenizas de las ideas que les estorban, las cenizas acabarían por ahogarles? ¿Es que son sordos de espíritu, ó cortos de vista, ó pobres de alma, estos mantenedores de la rutina?

CARMONA

Cálmate, hombre, cálmate. Ya sabes que todo es una cadena.

MANUEL

La cadena de imbéciles, que les sostiene para que no se caigan.

TRILLES

Yo te defenderé en el periódico... hasta donde el periódico lo permita.

MANUEL

No; no quiero que me defienda usted. Yo mismo hubiera querido defenderme. Sí; yo, yo le hubiera dicho al jurado, á esos enemigos anónimos, que podían coger el cuadro, tirarlo, dárselo á pastar á un rebaño; pero que el arte no se ha hecho para los borregos; que no hay que rebajarse hasta las ovejas, sino hacerlas á ellas subir hasta el arte. Les hubiera dicho que no son maestros de los que sienten la belleza, sino juglares de los que pagan. Les hubiera dicho que si les falta sitio para instalar la vanidad, se vayan á los palacios de los reyes y dejen un rincón para los pobres.

TRILLES

Serénate.

MANUEL

(Yéndose á llorar á un rincón.) Y les habría dicho que la miseria... que la miseria es mucho más triste cuando se la trae á uno la injusticia.

CARMONA

Vamos, hombre, ten serenidad. Oyeme y reflexiona. Tú, al mismo tiempo qué pintas lo que pintas, puedes hacer otra clase de pintura que no sea tan puritana.

MANUEL

No se canse usted, que ya sé adónde va usted á parar.

CARMONA

Déjame decir, que luego decidirás. Yo tengo un marchante, el mío, que sé que te comprará todos los cuadros, porque yo haré que te los compre, y hasta te adelantará dinero. Pero tú tienes que darle gusto y hacer lo que te pidan.

MANUEL

Nunca.

CARMONA

Ya me lo figuraba. Pero te recuerdo otra vez que eres pobre.

MANUEL

Digo que nunca.

ISABEL

Sí, hombre, hazlo; ¿qué te cuesta?

MANUEL

Nunca, vuelvo á decir.

ALBERTO

Bien dicho.

CARMONA

No creo que sea ninguna bajeza ganarse honradamente la vida.

MANUEL

No lo es; ya lo sé. Pero no me atormenten ustedes, que es inútil.

CARMONA

Comprendo tu exaltación. De todos modos, si te encuentras apurado, ya sabes que puedo proporcionarte trabajo.

MANUEL

Gracias.

CARMONA

Si acabas con la fantasía, que en cuanto hayas acabado con ella, yo puedo darte lo que te hará vivir: trabajo del que da para vivir. ¿Nos vamos, Trilles?

TRILLES

Vámonos. Y ánimo, que para eso eres joven.

AMPARO

(A *Carmona*.) Yo salgo con ustedes, que tengo que hablarles de mi niña.

CARMONA

Vaya, buenas tardes á todos. (Da la mano á *Manuel*.) Y adiós.

(Salen *Carmona*, *Trilles* y *doña Amparo*. *Manuel* queda abañido.)

ISABEL

(Acercándose.) Manuel: ¿por qué no haces lo que te dicen?

MANUEL

Tú, ¿tú también?

ISABEL

Claro que yo también. ¿Qué mal te proponen? Vamos á ver. Vivir, hacerte hombre.

ALBERTO

Has hecho muy bien, Manuel.

ISABEL

Ha hecho muy mal. Todo el que le quiera le dirá que acepte lo que le proponen. Vamos á ver, ¿por qué no lo acepta?

MANUEL

¿Qué te voy á decir, si no lo entenderías?

ALBERTO

Claro que no.

ISABEL

Más que todos juntos lo entiendo. Ya sabes que nunca me quejo, que nunca me he quejado, ni aun teniendo razón. Pero ya se va haciendo imposible seguirte en este calvario, cuando las penas tú eres quien te las buscas.

MANUEL

¿Qué dices?

ISABEL

Digo... no digo nada.

MANUEL

Que te cansas, ¿verdad?

ISABEL

No lo sé.

MANUEL

¿Es que serías capaz de dejarme?

ISABEL

Tú tendrías la culpa. No piensas más que en ti y en tu arte.

ALBERTO

(Yéndose.) Esto es demasiado.

ISABEL

Con tus cuadros, con tu camino, con tu ambición de gloria, que ya es un egoísmo...

MANUEL

No, no puede ser. No quiero me llames egoísta.

ISABEL

Pues dame pruebas de no serlo, porque si no...

MANUEL

No acabes de decirlo. No me dejes solo, ¡por Dios! No me dejes.

ISABEL

Es que tengo motivos que tú no entiendes. Es que una no vive del aire del cielo. Es que tengo alguien que no soy yo. Es que tengo...

ROSA

(Desde fuera.) ¡Hijó!

MANUEL

¿Oyes? ¿Has oído? ¿Estoy soñando?

ROSA

(Llamando á la puerta.) ¡Hijo!

MANUEL

No sueño, no. Es mi madre.

(Entra Rosa y se abraza á Manuel. Isabel, después de un momento, se irá al cuartito del fondo.)

ESCENA V

ROSA y MANUEL.

ROSA

¡Hijo! ¡Hijo mío!

MANUEL

¿Usted, madre? ¿Es usted?

ROSA

Yo misma.

MANUEL

Pero ¿qué ha sido? ¿Qué pasa?

ROSA

¿Qué quieres que pase? No pasa nada. Pero estaba preocupada y tenía deseos de verte. Que no he podido esperar más... y que vengo á abrazarte... y aquí me tienes.

MANUEL

¡Madre!

ROSA

¡Ay!, me canso.

MANUEL

Siéntese usted; siéntese aquí, conmigo.

ROSA

Pues sí, hacía mucho tiempo que no me escribías, y cuando una no recibe carta siempre se pone en lo peor. Que si no estará bueno, que si le pasará algo... Hasta me he llegado á figurar que no te acordabas de mí.

MANUEL

¿Eso ha podido usted pensar?

ROSA

No, hombre; qué he de haberlo pensado. Te lo digo sólo por decir. Es que te echaba de menos, y nada más. Que me hubiera muerto de impaciencia no hubiera venido á verte. ¿Te alegras de que haya venido?

MANUEL

¡Que si me alegro me pregunta! Si hubiese tenido que elegir una alegría, tan grande me hubiera parecido ésta, que no me hubiese atrevido á pedirla.

ROSA

¿Ves cómo he hecho bien en venir?

MANUEL

Más de lo que usted se figura.

ROSA

Y eso que me decía todo el mundo que no viniera. Que dónde va usted tan sola. Que mire que ya

es usted muy vieja. Que mire que no va á tener fuerzas. ¡Fuerzas dicen!.. Para venirte á ver á ti no sé de dónde las hubiera sacado.

MANUEL

¿Y quién le decía á usted que no viniese?

ROSA

¡Ay, ay! ¿quién me lo había de decir? Todos aquellos tontos que tú sabes. Los leídos del pueblo. Sobre todo el señor Juan, que me quería hacer cargos por aquello de que era amigo de tu padre.

MANUEL

¿Isidro, y el señor maestro, y Juanillo, qué hacen?

ROSA

Todos lo mismo que cuando tú estabas. No crecen ni se hacen viejos. Me han dado tantos encargos para ti, que no sé si tendré memoria. Isidro me dijo medio llorando que cuando fueses un gran pintor te quisiera encargar un retrato de un hijo que se le murió hace treinta años. Juanillo tan colorado y rubio, como un pan acabado de salir del horno. Y el señor maestro no sé lo que me encargó... todo lo que dice todos los días. Que te acuerdes de sus consejos, y que pintes cuadros de historias.

MANUEL

¡Pobre gente! Qué hermoso veo ahora aquel pueblo cuando le miro desde aquí. Veo á los compa-

ñeros, con los que no iba, corriendo campos y saltando cercas, con un clavel en la oreja como llevan la cresta los gallos, y veo á las mozas riendo al lado de ellos, como una fuente de alegría. Y veo la plaza, ¿sabe usted? aquella plaza llena de sol, con aquel silencio de oración, y aquellas calles grises y estrechas, y las caras conocidas, y todo lo que entonces no veía. Madre: es muy hermoso el pueblo de lejos.

ROSA

De lejos, tienes razón. Pero las gentes no son lo que tú te figuras. También los hay malos en el pueblo. Y muchos más de lo que tú piensas.

MANUEL

¿Por qué lo dice usted?

ROSA

Porque es verdad. Lo que me han hecho padecer, á mí que no les he hecho ningún daño, esas gentes tan buenas de lejos, y tan no sé cómo te diga de cerca.

MANUEL

¿Qué le decían á usted?

ROSA

No lo quieras saber. Que te habías trastornado. Que padecías tanta miseria. Que no trabajabas. Que estabas enfermo. Que no dormías. Todo lo que podía darme más pena. Cada mujer que venía á comprar á casa se llevaba un pan, y me lo pagaba con hiel. Y que cuándo acaba el chico la

carrera. Y que cuándo le van á dar el título. Cuándo será maestro del oficio. Cuándo acaba el aprendizaje. Todo lo que me podía hacer daño.

MANUEL

¡Miserables!

ROSA

Pero lo que me altera más, es cuando con aquél de compasión parece que quieren consolarme. «¡Pobre mujer!», y dale con ¡pobre mujer! Parece que no saben decir otra cosa. ¿Pobre mujer, por qué?, les respondo. ¿Pobre, porque tiene un hijo que será un sabio, que ya lo es, que en la ciudad todo el mundo le quiere, que todos alaban sus cuadros? Las pobres sois vosotras, les digo yo, que siempre seréis lo que sois. ¿No es verdad lo que les contesto?

MANUEL

Sí que lo es.

ROSA

¿No digo la verdad cuando les digo que has hecho un cuadro muy grande, y que le tendrán dentro de un palacio, y que todo el mundo le irá á ver?

MANUEL

No, madre; no irá nadie.

ROSA

Pues aunque no vayan. Iré yo, y tú me acompañarás, ¿verdad? ¿Te dará vergüenza ir conmigo, aunque vaya medio de paleta?

MANUEL

Yo soy el que tengo que avergonzarme.

ROSA

Pero ¿qué te pasa? Te veo no sé cómo. ¿Por qué me contestas así?

MANUEL

Estoy no sé cómo, porque me figuro que pasa usted penas.

ROSA

¡Ay!, tonto, si no las paso. Si todo marcha bien en casa. Tenemos más parroquia que nunca. Ahora no falta más que una cosa: que estuvieses tú. Pero ya sé que no puede ser.

MANUEL

Ya estaré... estaré... cuándo... no sé cuándo.

ROSA

Hijo, á ti te pasa algo

MANUEL

No me pasa nada... le juro á usted que no me pasa nada. Estoy contento y tengo alegría.

ROSA

Tú dices que tienes alegría. No lo creo.

MANUEL

Alegría no es lo que tengo. Pero vivo esperando.

ROSA

No me engañes, hijo; no quieras engañarme más.

MANUEL

(Tapándose la cara y llorando.) ¡Madre!

ROSA

¿Lloras?

MANUEL.

No puedo más.

ROSA

¡Hijo! ¡Manuel!

MANUEL

No puedo más, madre; no puedo más. Soy muy desgraciado. Soy muy desgraciado.

ROSA

¿Lo ves? ¿Ves cómo te lo conocía?

MANUEL

La engañaba á usted, y ya no la quiero engañar. Nada de lo que le he dicho es verdad. Ese cuadro que usted me decía, no le quieren. Las personas que quiero, se van. Y no es eso lo que me hace más daño. Es que he llegado á temer que me falten fuerzas para luchar, y hasta hay momentos en que pierdo lo que no había perdido nunca: la esperanza, madre, la esperanza.

ROSA

¡Ay, Dios, Nuestro Señor, te bendiga! ¿No es más que eso lo que tienes? Ya veo que he hecho bien en venir.

MANUEL.

Es que no sabe usted cómo estoy.

ROSA

Bueno, basta; ya sé lo que tienes, y ya sabes que yo no me equivoco nunca. Ven, ven aquí, buena pieza. Aquí te traigo el remedio que te hace falta.

MANUEL

No puede ser.

ROSA

Ya lo verás, hombre; ya lo verás. Mira, dentro de este pañuelo encontrarás unos cuartejos. No son muchos, porque no quiero que se sepa. Pero tendrás para un poco de tiempo. Vamos, toma, guárdatelos y que te aprovechen.

MANUEL

No los quiero.

ROSA

¿Cómo?

MANUEL

Digo que no los quiero.

ROSA

Pero si son de tu casa.

MANUEL

Que no, no los tomo... no me los dé usted.

ROSA

Pero ¿no sabes que han de ser tuyos mañana que yo falte? Es decir, que tendré que volver á llevármelos.

Isabel sale á coger cualquier cosa y se vuelve á entrar. Rosa la mira asombrada.)

MANUEL

(Viendo á *Isabel*.) No; préstemelos usted, sólo préstarmelos. Los tomo porque los tengo que tomar ó morir. Y no me arranco el corazón al tomarlos, porque el corazón, madre, ya no es mío.

ROSA

No te entiendo, y casi no te quiero entender. Veo que padeces, y no sé por qué. Veo que vas por mal camino, y veo lo que ya te había dicho: que he hecho muy bien en venir. Déjame que te arregle la casa, que te dé una vuelta á la ropa, y vea qué es lo que te falta. Porque aquí me parece que no viene ninguna mujer, y si viene alguna, no te cuida.

(Sale *Rosa*.)

ESCENA VI

MANUEL é ISABEL.

MANUEL

(Llamando.) *Isabel*.

ISABEL

¿Qué pasa?

MANUEL

Hace poco tiempo me has dado á entender que te querías ir, y yo he comprendido que era porque no puedes vivir conmigo, porque yo no podía hacer nada por ti.

ISABEL

Por mí no. Yo soy más sufrida que tú, y tanto me da vivir bien como no vivir. Conque me dejen reir me contento.

MANUEL

Ahora ya puedo.

ISABEL

¿Te has decidido á lo que te decían?

MANUEL

No te importa. Puedo darte dinero ahora mismo. Más tarde podré darte más. Pero no me dejes, sobre todo no me dejes, que me moriría de pena.

ISABEL

No has entendido lo que te decía. Si yo no quiero nada para mí. Si yo sola no necesito nada. Si no es para mí para quien te lo pido.

MANUEL

Pues, ¿para quién es?

ISABEL

¿Para quién ha de ser? Para mi madre.

MANUEL

¿Para tu madre dices? ¿Es decir que lo que quieres no es para ti? ¿Es para ayudar á tu madre? ¿Y que lo que yo te iba á dar se lo quitaba?.. ¡Dios del cielo, qué infame, qué bajo, qué miserable soy! Isabel: tú eres más honrada que yo.

ISABEL

¿Qué te pasa? Si no me quieres dar nada no me lo des.

MANUEL

Sí que quiero. Ahora sí que quiero; pero no admitiéndolo cobardamente de quien no lo debo admitir.

ISABEL

No lo entiendo.

MANUEL

Mejor. (Llamando.) ¡Madre, madre!

ESCENA VII

MANUEL, ISABEL, ALBERTO y ROSA.

ROSA

¿Qué quieres?

MANUEL

Tome usted. Eso ya no lo necesito. Se lo devuelvo á usted.

ROSA

Pero...

MANUEL

Tómelo usted, que no tengo derecho á tenerlo.

ROSA

Pero escucha.

MANUEL

(Llamando.) ¡Alberto, Alberto!

¿Qué pasa?

ALBERTO

MANUEL

¿Me quieres hacer un favor?

ALBERTO

Tú dirás.

MANUEL

Yo no puedo salir ahora porque ha llegado mi madre. Ve á casa del Sr. Carmona, y dile que he reflexionado y que acepto sus condiciones.

ALBERTO

¡Ah!, lo que es yo no voy.

MANUEL

Te lo ruego.

ALBERTO

Digo que no voy, y de sobra sabes tú por qué.

ISABEL

Iré yo. Voy en seguida.

MANUEL

Si. Ve tú, ve. Y dile de mi parte que pintaré lo que me pidan. Cuadros para traficar, para comerciar, para vender el alma de artista. No tengo derecho á ser virtuoso. El pintor que es pobre y tiene corazón no puede serlo.

(Sale Isabel.)

ROSA

Hijo mío. No sé lo que haces, pero lo sospecho. Si este amigo que sé que te estima, no quiere ir donde va ella, es que esa mujer te quiere mal. Veo que he hecho muy bien en venir. Aún no eres hombre, para que yo te deje.

TELÓN



ACTO TERCERO

Estudio de pintor, espacioso. Al fondó, una gran vidriera con cortinas. Claraboya en el techo. En un ángulo, la puerta de la calle. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Por las paredes, estudios. Un diván largo y ancho. Sillas de estudio, y trajes de época colgados. A un lado, una tarima para el modelo, y en un ángulo, un gran lienzo blanco puesto sobre el caballete.

ESCENA PRIMERA

MANUEL, ISABEL y DOÑA AMPARO.

(Al levantarse el telón, *Doña Amparo* duerme en una silla del fondo. *Isabel*, vestida con traje imperio, posa sobre la tarima. *Manuel* la pinta en un cuadro muy pequeño colocado en un gran marco sobre un caballete. Da dos ó tres pinceladas y deja de trabajar.)

MANUEL

Bueno. No puedo más. Con tres horas de trabajos forzados, basta.

ISABEL

Si quieres trabajar más, trabaja, que yo no estoy cansada todavía.

MANUEL

Pues yo, sí. Descansa.

ISABEL

Pero si te digo que no...

MANUEL

Soy yo el que quiero descansar.

ISABEL

(Bajando de la tarima: con cariño.) ¡Qué holgazán eres!

MANUEL

(Dejando la paleta en el suelo y echándose en el diván. Sí; me vuelvo holgazán.

ISABEL

Piensa que hoy tienes que entregar el cuadro.

MANUEL

Ya lo sé: tengo que entregar el cuadro, y tengo que ir á cobrar.

ISABEL

¿De qué te quejas? Tienes todo el trabajo que quieres.

MANUEL

De eso; de tener tanto. Ahora no hago cuadros: hago faena.

(Enciende un cigárro.)

ISABEL

¡Qué infeliz eres!

MANUEL

Ahora trabajo á tanto alzado; á destajo...

ISABEL

Vamos, mírame. Mírame, que no vale soñar
Mírame con los ojos de día de fiesta. ¡Así! Con
esos ojos en que á mí me gusta mirarme...

MANUEL

(Queriendo darle un beso.) ¡Isabel mía!

(Doña Amparo se levanta del sillón y se va á dormir á
otro.)

ISABEL

¿No sabes lo que me tienes prometido?

MANUEL

Lo que quieras. Te prometo todo lo que quieras.

ISABEL

Me has prometido que viviríamos juntos.

MANUEL

¡Y viviremos!

ISABEL

¿Cuándo? Dime cuándo.

MANUEL

En cuanto se marche mi madre, que ha venido
sólo para unos días.

ISABEL

¿Y si no se marcha?

MANUEL

¡Ojalá! Pero se marchará.

ISABEL

¡Ojalá dices, y no podría estar yo contigo? Eso es decirme que no me quieres.

MANUEL

Te quiero como no puedo quererte más... pero no la voy á echar por tí! ¿Dejarías tú por mí á tu madre?

ISABEL

¡Quiéreme á mí!.. ¡A mí sola! Ella estará mejor en su pueblo. Conoce á todo el mundo. Allí tiene las amigas y todo lo suyo... Dime de todo corazón que me quieres á mí, á mí sola.

MANUEL

No me atormentes; no me hagas decir lo que no puedo, lo que no he de decirte, ¡Isabel!

ISABEL

¡Terco, más que terco! ¿Verdad que sí? Te lo conozco.

MANUEL

¡Te quiero! ¡Te quiero más de lo que tú te figuras! Te quiero hasta querer lo que quieras tú, hasta pervertirme, ¡hasta morirme!

ESCENA II

DICHOS y ALBERTO

ALBERTO

Buenas tardes.

ISABEL

(Levantándose contrariada.) ¡Alberto!

ALBERTO

(Encontrándose al paso á *Doña Amparo*.) Ya se puede usted despertar, doña Amparo.

AMPARO

¡Qué susto! No sé quién creí que venía.

ALBERTO

No ha venido nadie. Soy yo.

MANUEL

¿De dónde sales, Alberto?

ALBERTO

¿De dónde quieres que salga? De mi finca. He salido á tomar un poco el aire, y de paso he venido á verte. ¿Qué tal? ¿Cómo estás, Isabel?

ISABEL

No tan bien y tan poca lacha como tú.

ALBERTO

¡Hola! ¿Qué te pasa?

ISABEL

Que despiertas á la gente sin dar siquiera los buenos días.

AMPARO

Si á mí no me importa que me despierten. Ya me volveré á dormir.

ISABEL

Pues á mí si me importa ¡ea! (Saliendo.) Vámonos, mamá. Dejémosles hablar, que ahora Manuel ya tiene... compañía.

MANUEL

¿Dónde vas?

ISABEL

¿Dónde quieres que vaya? A vestirme. Ya tienes á tu Alberto.

ALBERTO

Es decir, que Alberto es el que estorba. ¿Después de medio año de no parecer por aquí?

ISABEL

¿Estorbarme tú? Ja, ja, ja! No te doy tanta importancia.

ALBERTO

¿Pero qué quiere decir eso?

ISABEL

Entiéndelo; y si no sabes de letra, aprende.

(Entra en el cuarto de vestirse; Doña Amparo la sigue.)

ESCENA III

MANUEL y ALBERTO.

ALBERTO

Estamos frescos. ¿Qué ha pasado? ¿Celos? ¿Pecado de cuartos? ¿Diversiones familiares?

MANUEL

No las hagas caso. Cosas de mujeres.

ALBERTO

Si no hicieras tú á las mujeres más caso que yo, me parece que se abaratarían. ¡Mire usted que es desgracia! Tanto tiempo sin venir á verte, y en cuanto llego... estorbo.

MANUEL

¿Y por qué has tardado tanto en venir?

ALBERTO

Por dos, por tres ó por cinco motivos. Por lo que veo, por lo que veía y por lo que no quería ver.

MANUEL

¿Qué quieres decir?

ALBERTO

Primero, porque ahora trabajo más que nunca: ya sabes... trabajar... hacer media de fantasía y rezar el rosario de colores. Después, porque tu Isabel no me puede ver. (*Manuel hace un movimiento.*)

No me puede ver; lo sé de cierto. A muchas mujeres, que son... mujeres, los humildes como yo les damos risa ó les damos asco, y ahora... ya no le doy risa. Y luego, ¿qué quieres que venga yo á hacer aquí desde que no eres artista? Ya sabes que á mí no me gusta andar corriendo tiendas.

MANUEL

Vamos, Alberto.

ALBERTO

Y no creas que vengo por ti. Vengo por ver á tu madre, que ya sé que está aquí otra vez.

MANUEL

¿Y no tenías más motivos que esos para no venir?

ALBERTO

¿Te parecen pocos?

MANUEL

Porque no son verdad. Ya ves cómo trabajo. Hoy he acabado este cuadro.

ALBERTO

¿A ese encajonado en oro le llamas cuadro?

MANUEL

¿Le quieres ver?

ALBERTO

No entiendo de comercio.

MANUEL

No me atormentes tú también.

ALBERTO

¿Yo también, dices? ¿Es que te atormenta alguien más?

MANUEL

¿Y qué voy á decirte que no te figures?

ALBERTO

Ya te entiendo el mal.

MANUEL

También yo me le entiendo.

ALBERTO

Tienes... ¡remordimientos pictóricos!

MANUEL

No; remordimientos, no. Ya sabes qué motivos tuve para cambiar de camino. ¡Mi madre!..

ALBERTO

¡Calla! Tu madre es de los míos. También sabe pasar miseria.

MANUEL

Pero yo no puedo consentir que la pase.

ALBERTO

Pero entre verte pobre ó verte triste, ¿qué es lo que le causa más pena?

MANUEL

¿Qué sé yo?

ALBERTO

Pues yo sí lo sé. Madres con hijos pobres verás muchas que viven, y con hijos tristes, pocas en-

contrarás, como no sea en el cementerio. Por eso
debió morirse la mía. Porque me veía venir.

MANUEL

¿Y qué le voy á hacer, si es así?

ALBERTO

Arrepentirte.

MANUEL

¡Ay! Alberto, ya es tarde.

ALBERTO

¿Y por qué es tarde? Vamos á ver.

MANUEL

Porque ya no puedo dar una pincelada sin pensar á quién he de dar gusto. Yo ya no hago más que pintar, y los demás me dictan los cuadros.

ALBERTO

¡Vamos! Latiguillos de color.

MANUEL

¡Sí! Latiguillos de color. Estafas artísticas. Y lo más triste es que me indigno y no tengo fuerzas para levantarme.

ALBERTO

Manuel: creí que eras más hombre.

MANUEL

Lo soy para pensar; pero no para resolver. El pensamiento me hace vivir, y el no tener voluntad me mata.

ALBERTO

Porque no haces esfuerzos para tenerla.

MANUEL

Si los he hecho; pero me falta empuje, aliento, fuerza. Soy un preso moral. Un preso que besa las cadenas. Mira: ¿ves este lienzo? (Mostrándole la tela blanca.) es el último esfuerzo que he hecho para arrancarme de presidio. Ya sabes que no hay nada más bonito ni más ilusionador para nosotros que mirar una tela blanca. Como mira uno en ella lo que puede haber, lo que todavía no se ha creado, lo que aún es un misterio, la ve mucho más hermosa. Pues ahora, la miro... y no veo nada. La miro al atardecer, á la hora en que brotan los cuadros; la miro cuando da en ella el sol, destrenzando los siete colores; la miro á todas las horas de la vida. Hasta me he levantado muchas veces de noche para ver si me dicta algo... y nada... siempre nada! La veo de un blanco absoluto. Me está esperando, y yo no sé acudir. Y ni llorando delante de ella, ni poniéndome de rodillas quiere darme el consuelo que le pido!

ALBERTO

Porque has pecado, y castiga tus culpas. Tienes que hacer penitencia; sí, penitencia de artista pródigo. Ayuno á pan y aceite. Pan honrado y aceite de buena pintura.

MANUEL

No estoy para bromas, Alberto.

ALBERTO

Si te hablo en serio. Cuando te digo hacer penitencia, quiero decir dejar lo que te echa á perder las líneas generales de los cuadros. *Ella*, la protagonista; su madre, que es el fondo, y las figuras secundarias, los malos compañeros, los malos críticos y ¡los demonios que te llevan!

MANUEL

Y entonces, ¿qué me quedaría?

ALBERTO

Te quedarían tres figuras; pero tres figuras de las buenas: tu madre, que simboliza el amor. Yo, que... déjame simbolizar la amistad, y la gloria, que te vendrá á ver en cuanto le dejes limpio el camino! ¿Todavía quieres más símbolos? Con una madre, con un amigo y con un laurel en el rinconcito del huerto, no te puedes quejar de la vida. Yo no he tenido nunca nada de eso, y ya lo ves ¡llegaré á viejo esperando, y Dios nos dé mucho que esperar! Media hora antes de morir pensaré en el cuadro póstumo. Hasta en la muerte tengo confianza.

MANUEL

Tú, sí; pero yo soy un fracasado.

ALBERTO

¡Hasta en eso te haces ilusiones!

MANUEL

Lo soy Alberto... ¡y degradado, que es peor! No sólo he vendido mi arte, sino que lo he ven-

ido todo, todo. Cuando has llegado tú iba á vender... sí, á vender... lo que hasta da miedo pensar... Iba á prometer... lo peor que puede prometer un hijo... Iba... (Dejándose caer en el diván.) Una maldad, una infamia, que me da vergüenza decir-la; y mira si estaré perdido, que sabiendo que es una maldad, se me parte el alma no haciéndola!

(Alberto consuela á Manuel abrazándole, y en este momento entra Rosa.)

ESCENA IV

DICHOS y ROSA.

ROSA

Alberto. ¿Tú aquí? ¿Qué tiene Manuel? ¿Qué tienes, hijo?

MANUEL

(Levantándose.) Nada; no tengo nada.

ROSA

(A Alberto.) ¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

ALBERTO

El dirá.

ROSA

Hijo: ¿qué tienes?

MANUEL

Ya lo he dicho. Nada. No tengo nada.

(Coge el sombrero para irse.)

ROSA

¿Y por qué te vas? si puede saberse.

MANUEL

Tengo vergüenza de mí mismo. Déjeme. No me atormente. ¡Que no soy digno ni de mirarla á la cara!

(Sale.)

ALBERTO

Cobarde.

ROSA

(Suplicante.) ¡Hijo, hijo!

ESCENA V

ROSA y ALBERTO.

ALBERTO

Déjele usted, que ya volverá: ahora está trastornado; pero de sobra sabe que aquí le esperan.

ROSA

Sí que volverá; ya lo sé. Y también sé que no volverá por mí.

ALBERTO

Sí, señora.

ROSA

No, Alberto. Volverá por ella. ¡Siempre por ella! ¡Por la que me roba á mi hijo y me le matará entre los brazos!

ALBERTO

¡Qué ha de matar, mujer de Dios!

ROSA

Es que mi hijo no es malo, Alberto.

ALBERTO

¡Qué ha de ser!

ROSA

No lo es; pero conseguirán que lo sea. Le engaña, y conseguirá que lo sea... ¡Y no quiero, no quiero, no puedo consentirlo! Ya que él no tiene voluntad, la tendré yo por él. Cuando sólo se trata de mí, soy una infeliz... pero por él me volveré lo que haga falta: egoísta, fiera... ¡mala!

ALBERTO

Pero ¿qué va usted á hacer?

ROSA

Lo que debo. Salvarle. Salvarle, sea como sea. Si no quiere por buenas, por fuerza!

(Rosa entra en su cuarto. Alberto se acerca á mirar el cuadro que está en el caballete.)

ESCENA VI

ALBERTO y CARMONA.

CARMONA

¡Hola, Alberto! ¿Tú por aquí?

ALBERTO

Le extraña á usted, ¿verdad?

CARMONA

Hombre, sí. Te vendes tan caro.

ALBERTO

Sí; me hago pagar bien las visitas.

CARMONA

Has venido á ver la última obra de Manuel, ¿verdad?

ALBERTO

(Mirando al techo.) ¿Manuel ha hecho obra? No la veo.

CARMONA

Tú siempre el mismo.

ALBERTO

Es que no me extrañaría que las hiciese ahora que va para propietario.

CARMONA

Y tú, ¿para qué vas?

ALBERTO

Yo, para inquilino. Y de casa barata.

CARMONA

¡Qué feliz eres, Alberto!

ALBERTO

A Dios gracias. ¿Y á qué no sabe usted por qué lo soy? Porque me cuido la voluntad. Hay gentes que crían canarios y otras que crían necesidades. Yo no crío nada que no pueda mantenerme, y ¡fuera ambición, fuera tristezas!

CARMONA

Tienes razón.

ALBERTO

¡Oh! la razón me la dan todos. No hay día de la semana, domingo inclusive, que no me encuentre hombres ricos, gordos y satisfechos que no me digan que me envidian, porque siendo pobre soy feliz; pero ninguno quiere soltar los cuartos.

CARMONA

Ja, ja, ja. No todo el mundo tiene tu virtud.

ALBERTO

¿Virtud? Miedo. Ahí tiene usted á Manuel, por ejemplo. Desde que le han hecho ustedes hombre, no tiene momento de sosiego.

CARMONA

Supongo que no me echarás á mí la culpa.

ALBERTO

Soy moro. La culpa se la echo á la fatalidad. Fatalidad de conocerle á usted. Fatalidad de conocerla á ella. Fatalidad de que usted la conociese á ella y le conociese á él, han hecho un ramillete de fatalidades que ya tiene para ir pasando... disgustos. (Viendo salir á *Doña Amparo*.) ¡Ah! ¡Y se me olvidaba lo mejor! Fatalidad de haber encontrado una suegra, que es fatalidad en conserva.

(*Carmona se ríe.*)

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA AMPARO.

AMPARO

¿Qué dice? ¿Qué dice este poca lacha?

CARMONA

Nada, señora; nada. El siempre está de buen humor.

AMPARO

Lo que tiene es muchísimo descaro.

CARMONA

No se enfade usted.

AMPARO

No me enfado; pero no tiene educación.

(Doña Amparo se sienta en el diván al lado de Carmona. Alberto se va al fondo á revolver carteras.)

CARMONA

¡Déjele usted en paz! ¿Cómo es qué no viene usted á casa con Isabel?

AMPARO

¡Ay pobre de mí! ¿No ve usted lo chiflada que está por su... artista? No es que yo haya visto nada malo. Mi niña está muy bien educada; pero me figuro que tienen relaciones...

CARMONA

Y eso ¿qué importa? ¿No es modelo?

¡Ay, sí, señor!

AMPARO

CARMONA

Ya sabe usted que yo... la di á conocer. Que fuí el primero que le dió trabajo. Que la he protegido siempre. No sean ustedes desagradecidas.

AMPARO

¡Si por mi gusto no trabajaría más que con usted! En ninguna parte he pasado tan buenos ratos como en su estudio de usted; pero, ¡hijo mío!, se ha encaprichado con este muchacho... yo, yo qué le voy á hacer, siendo, como es, las niñas de mis ojos... ¡Usted no sabe lo que es ser madre!

CARMONA

Pero...

AMPARO

Ya iremos. Esta misma tarde iremos, ¡tunantón! ¡Ay, qué hombre tan pícaro es usted!

CARMONA

¡Sí!, vengan ustedes, que tengo un licorcito de ese... que ya sé yo que á usted le gusta.

ESCENA VIII

DICHOS, TRILLES y JUAN ROMEU.

¿Se puede?

TRILLES

Adelante.

ALBERTO

TRILLES

Qué, ¿no está aquí Manuel?

ALBERTO

Ha salido.

TRILLES

Es extraño.

ALBERTO

Es extraño; pero ha salido.

TRILLES

Venía á presentarle un amigo, Juan Romeu, el gran crítico de arte, que quiere ver sus obras.

CARMONA

¡Cuánto gusto en verle, señor Romeu!

ROMEU

¿Cómo vamos, maestro?

CARMONA

También he venido á lo mismo. A ver los cuadros de Manuel; pero el artista no está en casa.

AMPARO

Me extraña mucho, porque no sale nunca. Me he quedado dormida un momento, y cuando me he despertado ya no estaba aquí.

ALBERTO

¡Qué casualidad!

ROMEU

¿También es artista este joven?

ALBERTO

Según lo que usted entienda por artista.

TRILLES

Es Alberto.

ALBERTO

Justo. Soy Alberto.

ROMEU

Me parece que conozco su nombre.

ALBERTO

No; no le conoce usted, de seguro. Yo sí que le conozco á usted.

ROMEU

No me extraña. Tal vez hasta he hablado de sus cuadros.

ALBERTO

No, señor, nunca; porque no los expongo. Yo hago pintura *intimista*. Mis cuadros, á la luz, se constipan.

ROMEU

Es usted muy original.

ALBERTO

Regular.

ROMEU

Hombre: tendría interés especial en ver sus obras.

ALBERTO

Es difícil. Todo lo que hago son encargos.

ROMEU

¡Bravo! ¿Trabaja usted para un marchante?

ALBERTO

Para una marchanta.

ROMEU

¡Caramba!

ALBERTO

Trabajo para la posteridad.

TRILLES

¡Ja, ja! No andas mal de pretensiones.

ALBERTO

Ya ve usted si ando bien de ellas, que no vendo mis cuadros. Me los guardo.

TRILLES

Naturalmente.

ALBERTO

No tan naturalmente como parece. ¿Creen ustedes que no cuesta nada pintar y guardarse uno lo que ha pintado? ¿que no se necesita nada para no llevarlos al Rastro ó á un traperero? Pues se necesitan muchas cosas: tener paciencia, no comer, no enamorarse, pasar por imbécil, fingirlo, y tratar con muchos que siendo imbéciles de veras, no se dan cuenta de que lo son.

ROMEU

Muy bien dicho.

ALBERTO

Gracias.

ROMEU

¡Si pinta como habla!

ALBERTO

No; lo que pinto no le gustaría á usted. Se parece á lo que pintaba Manuel en los tiempos aquellos en que ustedes le reventaban.

TRILLES

(Riéndose.) Es terrible.

AMPARO

¡Qué malos modos!

ALBERTO

Cuidado, doña Amparo, que no le conviene á usted desvelarse.

TRILLES

Bueno, bueno. Miremos los cuadros de Manuel y no hablemos más. Alberto: ¿nos los quieres enseñar tú?

(Entra Rosa, que varias veces ya, durante esta escena y la anterior, ha hecho varias breves y silenciosas apariciones en la puerta.)

ALBERTO

Yo no enseño cuadros. Ahí tienen ustedes á su madre, que se los debe saber de memoria. No será la primera vez que se los enseñe. Y ahora les gustarán á ustedes más, porque no los pinta tan ex votos.

ESCENA IX

DICHOS y ROSA.

TRILLES

Tienes razón. Señora: enséñenos usted los últimos cuadros de su hijo.

ROSA

¿Yo? No, señor.

TRILLES

Pero, ¿qué ocurre en esta casa? ¿Qué quieren decir estos misterios?

ROSA

(Suavemente.) Quieren decir que, aunque soy una pobre mujer, he aprendido experiencia. En aquellos tiempos que ustedes saben, enseñaba los cuadros de mi hijo como si enseñase una imagen, y ahora... ahora he aprendido que para ver cuadros hay que tener devoción... y ustedes no la tienen.

CARMONA

¿Por qué dice usted eso, señora Rosa?

ROSA

Porque siempre que han entrado ustedes en casa le ha costado llorar á mi hijo.

CARMONA

¿Por culpa nuestra?

ROSA

Sí. Desde que ustedes le quieren bien, mi hijo no ha vuelto á ser lo que era.

TRILLES

Pero si todos admiramos á Manuel.

ROSA

Eso no lo sé; pero sé lo que era, y que ustedes me le han trastornado.

TRILLES

Pero si le ayudamos cuanto podemos.

ROSA

A caer.

CARMONA

Vamos, señora, no hable usted así, que no tiene razón. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que su Manuel pase penas? Ya le dije á usted, hace unos cuantos años, que no quisiese hijo pintor, porque sufriría mucho en el mundo.

ROSA

¡Sufriría! ¡Sufriría! Pero se le olvidó á usted decirme que no sería la pintura la que le había de causar más penas, sino los que se llaman bienhechores suyos. Los que le hacen pamemas y no le quisieron el cuadro...

CARMONA

¡Qué dice usted!

ROSA

Los que le han enseñado un camino que ya he sabido yo que no es el derecho. Los que no le dijeron la verdad cuando le convenía oírlo, y los que, conociendo á una mujer... más de lo debido, andan haciendo tratos con la madre.

AMPARO

¿Cómo se entiende?

CARMONA

Señora Rosa: si eso lo dice usted por mí, se equivoca. Yo siempre he trabajado en favor de Manuel. Le he dado los consejos que debía darle.

ROSA

De consejos no se vive, señor Carmona; y consejos que desaniman, como los que usted le ha predicado siempre, no sólo no dan de vivir, sino que llevan á mala vida.

CARMONA

Vamos, cálmese usted, que usted no sabe lo que es pintura.

ROSA

Pero sé lo que acaso usted no sepa, ¡querer!

CARMONA

¡Señora Rosa!

TRILLES

¡Señora!

ROSA

Sí, ¡querer! Querer he dicho. ¿Qué le importa á mi hijo y á mí y á todos los que no sabemos vivir,

pero sabemos querer, que lleve mejor ropa, si lleva luto en el corazón? ¿Da alegría la ropa, ni la casa, ni las visitas de señores que hablan bien por delante y le hacen traición por detrás?

Peró...

CARMONA

ROSA

No: en mi pueblo tienen alegría los que tienen fe, y ustedes se la han arrancado!

¿Yo?

CARMONA

ROSA

Todos.

AMPARO

¿Habla usted por mí, se puede saber?

ROSA

A usted ya le diré lo suyo cuando se vayan estos señores.

CARMONA

(Cogiendo el sombrero.) No tardaremos mucho.

TRILLES

Vámonos.

AMPARO

¡No hagan ustedes caso, que no tiene modos!

ROSA

Para las que somos como debemos ser, antes son los hijos que los modos.

TRILLES

Buenas tardes.

CARMONA

Que usted lo pase bien.

ROSA

Que ustedes sigan buenos.

(*Salen Trilles, Carmona y Romeu. Alberto entra al cuarto.*)

ESCENA X

ROSA, AMPARO y después ALBERTO.

AMPARO

Bueno, ya se han ido. ¿Qué tiene usted que decirme?

ROSA

Tengo... tengo que pedirle á usted un gran favor. Un favor, que si usted me lo hace, se lo agradeceré toda mi vida.

AMPARO

Usted dirá.

ROSA

Que usted y su hija se vayan de esta casa.

AMPARO

¿Cómo?

ROSA

Que se marchen ustedes y dejen á mi hijo. ¡Que le dejen vivir! ¡Que no le atormenten! Que si le quieren ustedes como dicen, le salven devolviéndole la salud que le quitan.

AMPARO

Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Habla usted en serio?

ROSA

Se lo pediré de rodillas, llorando. ¡Con todo el corazón, con toda mi vida! ¡Déjenmele ustedes, por su salvación; que mi hijo es lo único que tengo en el mundo! ¡Es la única luz que me queda!

AMPARO

Pero ¿se ha vuelto usted loca? ¿Qué le ha dado á usted para hablar como habla?

ROSA

Es que ustedes me lo van arrancando poco á poco. Me lo tienen aquí encerrado como en una cárcel, condenado á hacer cuadros. Ni un solo día le han dejado ir á su casa, donde hay tantos brazos que le esperan. ¡Me le matan ustedes! ¡Me le trastornan! ¡Me le pierden!

AMPARO

¡Señora Rosa!

ROSA

¡Perdóneme usted, que no quiero ofenderla! Sólo quiero que me devuelvan ustedes á mi Manuel. ¡Mi Manuel! Y si no me lo devuelven, al menos que me lo dejen solo. ¡Solo! ¡Que si yo me resigno á no verle, sabiendo que me costará la vida dejarle de ver, mejor pueden hacerlo ustedes, que sólo le quieren por capric ho!

AMPARO

Vamos, mujer, no diga usted disparates. Cualquiera que la oyese á usted no sé qué se figuraría que somos. Sepa usted que mi hija es tan decente como la que más.

ROSA

Pues si tan buena es, que deje á Manuel, que no será el primero.

AMPARO

No me insulte usted, y piense que soy persona bien educada.

ROSA

Márchense ustedes y no la insultaré.

AMPARO

¿Qué nos hemos de marchar, señora? Ya puede usted írselo quitando de la cabeza. ¡Está usted chocha!

ROSA

Mire usted que le hablo con el corazón, pero que estoy dispuesta á hablarle á usted de otra manera. ¡Que me dejaré pisotear para que no toquen á mi hijo! ¡Que ya he sufrido bastante! ¡Que no puedo más! ¡Que si no se van ustedes por buenas, las echaré por malas! ¡Que soy una mujer de pueblo, y si no sé leer una carta, sé leer en las caras traidoras, por muy disfrazadas que vayan!

AMPARO

Calle usted, que no sabe lo que se dice. Si se han enamorado ellos, ¿qué he hecho yo para que se enamoren?

ROSA

Dormir.

AMPARO

¡Jesús! ¿Es que su hijo de usted está todavía en la infancia?

ROSA

Para mí, sí.

AMPARO

Pues mi hija ya pasó de niña, y es una mujer de bien.

ROSA

No.

AMPARO

Y mucho más decente, que siempre ha procurado por mí, que la prenda de su Manuel, que ha tenido usted que mantenerle.

ROSA

¡No y cien veces no! Si usted fuese vieja ó estuviese usted tullida, y ella la mantuviese á usted trabajando... lo que en el pueblo llamamos trabajando, ¡podría usted hablar como habla!; pero usted no está enferma más que de sueño... sueño de conveniencia, y en el pueblo... en mi pueblo, no nos fiamos de la gente que se duerme de día. A los que tienen esa enfermedad les llamamos gandules.

¡Qué descaró!

AMPARO

ROSA

Allí, sin que nos lo enseñen, sabemos que tenemos que sacrificarnos. ¿Sabe usted por qué? Porque como al traerlos al mundo no les pedimos consentimiento, ya que les damos la vida, estamos obligadas á hacerlos vivir.

AMPARO

¿Es que no me he sacrificado yo también por mi hija? Sepa usted que por ayudarla he dejado á un ladito el orgullo; he visto... lo que he visto y no he dicho nada, y he sacrificado hasta la vergüenza para que ella esté satisfecha. ¿Se figura usted que es usted la única que sabe ser madre?

ROSA

¡Calle usted, que no merece usted ese nombre!

AMPARO

Bueno; tranquilicémonos las dos y pelillos á la mar. Pensemos en el bien de los muchachos, que todavía pueden ser felices.

ROSA

No puede ser: se perdonan las culpas, pero no se cambian los genios. Mi hijo, como ha visto el ejemplo; ha nacido para trabajar; y su Isabel de usted para... bueno, para lo que también ha visto el ejemplo.

AMPARO

¡Qué ejemplo!

ROSA

El que usted le da acompañándola á casas de hombres, no por temor á que se pierda, sino por miedo á que la dejen á usted. Así es que márchense ustedes y acabemos.

AMPARO

¡Insolente, ordinaria!

ROSA

Márchese usted. Llame usted á su Isabel, y andando.

AMPARO

Eso sí que no lo conseguirá usted.

ROSA

¡Que no, se atreve usted á decir!

AMPARO

¡Qué va usted á conseguirlo, mujer de Dios! Usted será el ama en su casa; pero aquí no estamos en la tahona.

ROSA

Es que la echaré á usted de esta casa.

AMPARO

Si á Manuel le parece.

ROSA

Es que no voy á esperar á que venga. (Cogiendo á Amparo del brazo.) ¡A la calle ahora mismo!

ALBERTO

(Saliendo y separándolas.) Vaya, basta. Espere usted á Manuel, que no puede tardar en venir.

No, no...

ROSA

¡Isabel, Isabel!

AMPARO

ESCENA XI

DICHOS é ISABEL.

ISABEL

(Sale en traje de calle.) ¿A qué vienen estos gritos?

AMPARO

(Sofocada.) ¡Ay, Señor mío!

ISABEL

¿Pero qué pasa?

AMPARO

Que esta mujer me insulta. Nos insulta. Y nos quiere echar de esta casa. Estoy desesperada.

ROSA

No hago más que cumplir con mi deber.

ISABEL

No sea usted cursi, señora Rosa, que aquí no estamos en el pueblo.

ROSA

Estoy en mi casa, en casa de mi hijo.

ISABEL

En la suya, conformes; pero él no es usted,
gracias á Dios. ¡Pues no va poca diferencia!

AMPARO

¡Y tanta como va!

ROSA

Mi hijo hará lo que yo le diga.

ISABEL

¡Vamos; me da usted lástima!

ALBERTO

(A Isabel.) ¡Calla!

ISABEL

No se ha hecho para usted esta tierra. Parece
usted un tiesto de ruda dentro de una estufa.

ROSA

(Medio llorando.) ¡Hijo mío!

ISABEL

Ya le guardaremos á usted su hijo: le metere-
mos en algodón en rama.

ALBERTO

Te digo que te calles.

ISABEL

Sí, me voy á callar, porque tú me lo mandas...
siguiendo tus consejos. Como se los dabas tan
buenos á Manuel, y le lucía tanto la ropa cuando
seguía el arte que predicas, puedes aconsejar, hijo
mío.

ALBERTO

Si á mí no me ha lucido la ropa es porque no he alquilado mi cuerpo para lucirla.

ROSA

(Llorando.) ¡Malas mujeres, más que malas mujeres!

ESCENA XII.

DICHOS y MANUEL

MANUEL

¡Madre! ¡Isabel!

ROSA

¡Hijo, hijo mío! ¡Por Dios, por ti, por mí; echa de tu casa á estas mujeres!

MANUEL

¿Qué dice usted?

ROSA

¡Echallas, por tu salvación!

MANUEL

¿Y por qué?

ROSA

¡Te engaña! No te quiere. ¡Te quieren perder, y me tienen odio!

MANUEL

¿Con quién me engaña? ¿Con quién?

ROSA

Con tus amigos. Con todo el mundo.

MANUEL

Madre: ¡no diga usted lo que no sabe!

ROSA

(Llorando.) ¡Sí que lo sé!

MANUEL

¡No lo creo! ¡No lo creo!

ROSA

(Con energía.) ¡Está bien! Ya que no me haces caso, ya que he perdido el crédito ante ti, sólo me queda decirte que escojas. O ellas ó yo, saldremos de esta casa.

MANUEL

¡Ni usted ni ellas!

ROSA

¡Ellas ó yo, te vuelvo á decir!

MANUEL

Pero denme ustedes tiempo. ¡Déjenme pensar!

ISABEL

Pensaré yo por ti. No quiero nada con hombres que dudan. ¡Me voy, y me voy para siempre! Ya que haces tanto caso á esa mujer.

MANUEL

¿Sabes quién es esa mujer?

ISABEL

Pues quédate con ella. (A Amparo.) ¡Andando!

MANUEL

Pero... escucha... escucha un momento... Espera...

ISABEL

No sé cómo he esperado tanto ni cómo he oído tantas sandeces. ¡Quédate con ella! ¡Infeliz! Y vuelve á pintar cuadros... tristes con tu amigo de... miseria, con la señora necesidad y con tus ideales apolillados.

MANUEL

(Corriendo á la puerta.) ¡Isabel!

(Alberto le coge y le mete dentro.)

ISABEL

(Desde la puerta.) ¡Mendigos!

(Sale con Doña Amparo.)

ESCENA XIII

ROSA, MANUEL y ALBERTO.

MANUEL

¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted, madre? Y ¿en qué le han ofendido ellas para echarlas así?

ROSA

(Llorando.) ¡Hijo mío!

MANUEL

No tiene usted derecho á hablar mal de ellas. No le han hecho á usted nada. ¡No me han hecho nada!

ALBERTO

¡Que no te han hecho nada, te atreves á decir!
¡Pues sabe que tu madre aún se ha quedado corta!

MANUEL

(Indignado.) ¡Alberto!

ALBERTO

¡No, si á mí no me asustas! Si no te gusta oír lo que te digo, me vuelvo á mi guardilla, y en paz. ¿Aún quieres más prueba que la despedida que te hace?

MANUEL

La han insultado y se defendía. ¿Qué iba á hacer, sino defenderse?

ALBERTO

Pero, no seas infeliz. ¿Es que te figurabas que tenías una virtud en casa?

MANUEL

No me lo figuraba, no. Conozco lo que ha sido su vida; pero así y todo, la quiero. ¡Volverá, porque la quiero! ¡Me he acostumbrado á su reír! ¡á su mirada! ¡á ella! ¡á toda ella! ¡Ella es la que me da la salud, la vida! Y sin ella no podré vivir.
(Rosa se va á la puerta y allí se queda en pie, llorando.)

ALBERTO

¿Y tú te figuras que eres artista? ¿Tú hablas de ideales, y delante de un pedazo de carne no te acuerdas de ellos? Si á eso le llamas ser artista, me doy de baja en el gremio!

MANUEL

Pero, si es ella, si te juro que es ella, la que me da ánimos para trabajar.

ALBERTO

¡Calla, hombre! ¿No te da vergüenza? Enséñame esos cuadros que has hecho con ella. ¡Cuadros de marchante! ¡Cuadros indignos! Cuadros de feria, para hacer cuartos con que ella se pague los caprichos.

MANUEL

Ella no tiene la culpa. Soy yo...

ALBERTO

Los dos y la mamá que la acompaña. Si has venido al mundo para hacer el tonto, dilo de una vez, y búscate amigo; pero si aún te queda un átomo de nobleza y quieres hacer arte como te corresponde, límpiante el corazón de bajezas, y levanta la frente, ¡mal rayo! ¡y no nos deshonres la clase!

MANUEL

Te digo que ella no tiene la culpa.

ALBERTO

¡La tendré yo! O aquel Isidro de tu pueblo, que se está tostando á la boca del horno porque tiene fe en ti, sin saber por qué la tiene.

MANUEL

¡Ay de mí!

ALBERTO

¡O la infeliz de tu madre, que se quitaba la vida para enviártela mes por mes en cuartos relucien-

tes de sudor! No te da angustia decir delante de ella las miserables palabras que dices. ¡Mírala, si aún te queda vergüenza!

ROSA

Hijo: si estás triste, yo misma iré á buscarla.

ALBERTO

¿No oyes lo que te dice, maniquí?

MANUEL

(Corriendo á su madre y arrodillándose á sus pies. Perdón, madre; yo soy el que le pido á usted perdón! No sé lo que hago, ni lo que me digo; pero no crea usted ni un momento que he querido ofenderla. ¡Usted lo es todo para mí en el mundo! De... ella quería hacer la obra, el cuadro que me saque de las tinieblas. Y de usted el altar para colocarle. Y veo que me he equivocado.

ALBERTO

¡Ella! el asunto de tu cuadro. Ven. (*Manuel se acerca á Alberto.*) Mira, te digo (*Señalando á Rosa.*) ¿Aún no ves el cuadro?

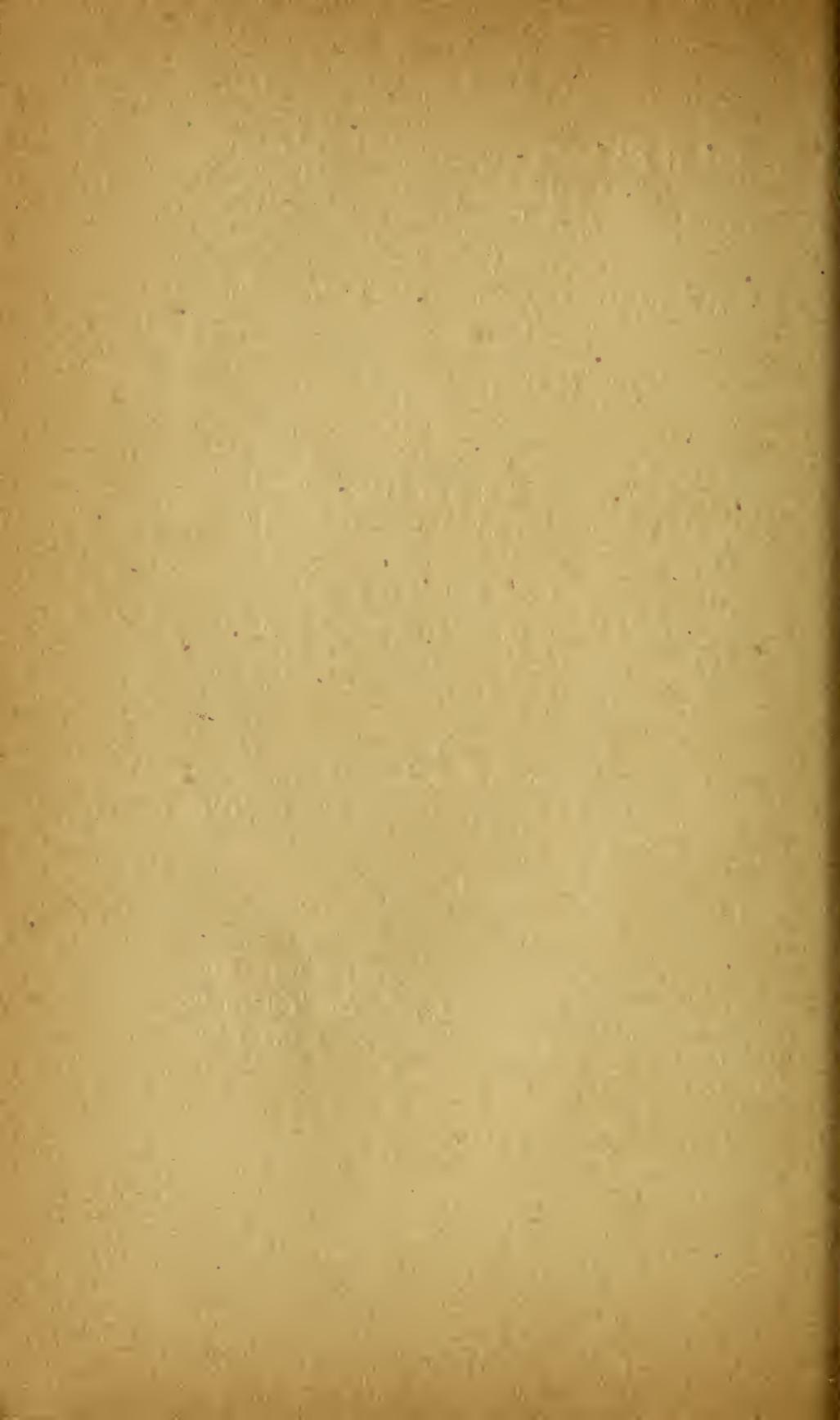
MANUEL

¡Sí!

ALBERTO

(Dando á Manuel carboncillo y paleta.) Toma, niño grande. Ahí tienes el cuadro. ¡Tu cuadro! Si yo tuviese madre para pintarla también me haría célebre.

TELÓN



ACTO CUARTO

La misma tahona del primer acto. Han pasado unos seis años; pero todo está lo mismo que entonces, con las mase-
ras, las palas y los sacos en el mismo sitio que al empezar
la obra.

ESCENA PRIMERA

ISIDRO, JUANILLO y el señor JUAN.

(Al alzarse el telón *Juanillo* da haces de leña á *Isidro*, que
los va metiendo en el horno. El señor *Juan*, sentado en la
tienda, lee el periódico.)

ISIDRO

Venga leña, y adentro.

JUANILLO

No se canse usted, abuelo. Démela usted, ya la
meteré yo.

ISIDRO

¿Qué es eso de cansarme? Con el sin fin de
años que llevo echando leña al horno, ahora me
iba á cansar...

JUANILLO

¡Ja, ja! Por eso lo digo: porque ya lleva usted muchos años echándola.

ISIDRO

Pues donde se ha echado, se echa.

JUANILLO

Pero ¿no ve usted que ya está usted medio consumido de viejo? Es usted como un pan sin miga.

ISIDRO

Pero la corteza que me queda está bien cocida y firme. No es como la de los mozos de ahora, que parece que estáis hechos de masa. Yo al pie del horno tengo que morir. Cada uno tiene que morir al pie de su horno. Y el día en que me llegue la hora no será por falta de vida, sino por falta de leña.

JUANILLO

Lo que es amasar, ya ha amasado usted en este mundo.

ISIDRO

Claro que sí. Si el hacer pan para los que tienen hambre es obra de misericordia, buena entrada me darán en el cielo.—¿Qué ha hecho usted en el mundo?—me preguntará San Pedro en cuanto llegue á la puerta. — Amasar, — le contestaré yo.—¿Cuántos años?—Cuéntelos usted mismo, señor San Pedro.—¿Ponemos setenta? — Pongamos setenta.—Pues adentro, y con Dios.

Bien dicho.

JUANILLO

ISIDRO

¡Pobre casa si no hubiese sido por mí! No es que tenga nada que decir ni del ama, ni del hijo, ni de ti, ni de mí mismo. Todos buena gente. Pero ¡pobre casa!

JUANILLO

A Manuel ya ha visto usted la fama que le dan por todo el pueblo, y por todo el país, y por todas partes, por el cuadro que ha presentado.

ISIDRO

Ya lo sé, ya.

JUANILLO

Y que dicen que es un retrato del ama.

ISIDRO

También lo sé. Y de pies á cabeza. Tal como es ella. Pero vuelvo á decir que ¡pobre casa!

JUANILLO

Y dicen que allí donde la ha presentado hasta el rey ha ido á verla. Y que se quedó plantado delante, y dijo á los lacayos que llevaba: «Muy bien, muy bien» dos veces. Y que ellos respondieron: «Conformes», y que le querían dar un diploma.

ISIDRO

¿Y de dónde has sacado tú todo eso?

JUANILLO

¡Toma! Como que lo traía *La Comarca*, y no una, todas: la del casino, la del café, la de casa del boticario... todas lo trajeron el mismo día.

ISIDRO

¡Infeliz! ¿No ves que las hacen á máquina?

JUANILLO

A mí me da lo mismo que las hagan á máquina ó no las hagan. El caso es que le ponderan mucho. Isidro: yo también quisiera ser pintor.

ISIDRO

¿Quieres callar ó te pongo de patas en la calle? Con uno solo que hemos tenido, ya ves si ha costado trifulcas. Cuando no iba bien, porque no iba bien, y en cuanto recibimos buenas noticias, á la infeliz de su madre le da aquel ataque. Y de qué ¡canastos! De alegría. Lo que es yo no entiendo á las mujeres.

JUANILLO

Yo tampoco.

ISIDRO

¡Qué has de entender tú, mocosol!

JUANILLO

Vamos, no se enfade usted, que en llegando Manuel se acabó todo.

ISIDRO

Es que ya debería estar aquí. En seis años de rodar por el mundo no haber venido ni una vez. Me parece que ya es hora.

JUANILLO

Claro que sí.

ISIDRO

¿Y á que no sabes por qué no ha venido?

JUANILLO

Yo, no. ¿Y usted?

ISIDRO

No ha venido porque le daba vergüenza.

JUANILLO

¡Quiá!

ISIDRO

Vergüenza, porque esperaba que subiese la masa. Pero ahora que ya ha hecho buena hornada y ya es oficial, como quien dice, ya puede venir satisfecho. El día en que se fué parece que veían marchar al tonto del pueblo. Y ahora hasta le irán á recibir como al diputado electo.

JUAN

(Entrando en la rebotica.) Isidro, Isidro, mire usted lo que dice el papel. Habla del muchacho y en toda regla.

ISIDRO

Si es para decir mal no nos lo lea usted.

JUANILLO

Claro que no.

JUAN

¡Qué han de hablar mal! Escuche usted. (Leyendo.) «Podemos adelantar á nuestros numerosos

lectores una noticia más que grata para el que estime el progreso de esta morigerada patria chica, amante de la patria grande. Tenemos noticias fidedignas, y que hasta ahora no han sido desmentidas, de que la labor de nuestro paisano el pintor Manuel Pujol...»

JUANILLO

¿El paisano quiere decir el de casa?

ISIDRO

Tú verás lo que quiere decir si no.

JUAN

(Leyendo.) «El pintor Manuel Pujol, ya desde este momento histórico ilustre aunque joven, va á ser prontamente laureado con valiosa recompensa. *La Comarca*, el pueblo en masa, las clases pudientes, los amigos y los intelectuales todos que siempre adelantaron sus consejos al noble adalid del arte noble, nos sentimos orgullosos, nos sentimos más que orgullosos, nos sentimos...» etc., etcétera. Aquí viene una fila de sentimos, como se acostumbra en estos casos. ¿Qué os parece, vamos á ver?

ISIDRO

Es decir, que le dan un título.

JUAN

No sé lo que le darán; pero algo le preparan.

JUANILLO

¡Alza, morena, que eso sí que es gloria!

JUAN

A mí no me extraña. Aunque me haya mostrado neutral en los momentos que así lo requerían, siempre me he dicho á mí mismo que Manuel llegaría á ser un gran hombre.

ESCENA II

DICHOS *y el MAESTRO.*

MAESTRO

Buenos días á todos. Vengo á daros una buena noticia. No una, dos, tres, y todas urgentes.

JUAN

¿Y eso?

MAESTRO

He sabido, por bajo cuerda, que Manuel quiere dar una sorpresa y que se ha puesto en camino.

JUAN

¿Cómo lo ha sabido usted?

MAESTRO

Yo tengo mi policía artística. Le he escrito que el ama está enferma, y llega en el coche de las seis.

JUAN

¿Esta tarde?

MAESTRO

Esta tarde.

ISIDRO

Eso es que viene con el ordinario.

MAESTRO

Con el ordinario ó con quien sea. El caso es que viene.

JUANILLO

¡Viva!

MAESTRO

Y eso es lo de menos. Nos llega cargado de gloria. Le han dado primera medalla. La de oro y laurel. La mejor. El Estado le compra el cuadro. Y él nos viene hecho una lumbrera.

JUAN

Lo que decía *La Comarca*.

MAESTRO

Yo no sé lo que dice *La Comarca*. El caso es que él ha triunfado.

JUAN

A mí no me extraña. Ahora mismo lo estaba diciendo, y lo he dicho siempre.

MAESTRO

Yo también. Y ya saben ustedes por qué. El que ha tenido buenos principios como los que yo le di á Manuel, por fuerza tiene que triunfar. Hay tres clases de belleza: belleza natural, belleza extraordinaria y belleza propiamente dicha. El ha seguido la propiamente dicha, y á ella deberá su gloria.

Lo dudo.

JUAN

MAESTRO

Ya lo discutiremos, señor Juan, que tiempo tendremos de discutirlo. Ahora preparen ustedes al acta y la toman urgente para hacer alguna demostración á nuestro primer hijo ilustre, á mi discípulo, al único discípulo de que puedo alabarme.

(El Maestro se va, Juanillo le sigue y se queda en la tienda.)

ESCENA III

SEÑOR JUAN é ISIDRO.

ISIDRO

¡Jesús Dios del cielo, qué alegría, y qué sorpresa para la pobre ama!

JUAN

Sí. Hay que prepararla, y mirar muy bien cómo se le dice.

ISIDRO

Ya se lo diré yo, y se lo diré á mi modo. Primero, que acaso no venga; después, que quién sabe ó que puede que sí, y después, que no tiene remedio, que ya llega. Diciéndoselo así, á empujones y á tragos, ya verá usted cómo ni se entera.

JUAN

Pues, andando. Dígaselo usted; pero, sobre todo...

ISIDRO

Déjeme usted á mí. Espere usted un poco.

JUAN

Cállese usted, que viene.

(Entra Rosa apoyándose en las sillas.)

ISIDRO

Me alegro. Junto al horno tengo más valor.

ESCENA IV

DICHOS y ROSA.

ISIDRO

(A Rosa.) Pero ¿qué es eso, señora ama? ¿Cómo ha salido usted del cuarto?

ROSA

Me da mucho miedo estar junto á la cama.

ISIDRO

Pero, señora...

ROSA

Me da miedo morirme. Y no quiero morirme. Todavía no me quiero morir.

ISIDRO

Pero ¿quién habla de morir, santa mujer?

ROSA

Me siento vieja, muy vieja.

ISIDRO

¡Por vida del pícaro mundo! Si usted dice que es vieja, ¿qué diré yo, que ya he perdido la cuenta de los años.

JUAN

Y tanto.

ISIDRO

Yo sí que voy para viejo. Ya el sepulturero me saluda, y el cura me pone buena cara. Pero usted...

JUAN

En resumidas cuentas, ¿qué tiene usted?

ROSA

Que estoy cansada, muy cansada. Quisiera descansar y cerrar los ojos. Pero después de haber visto lo que quiero ver.

ISIDRO

Pues si estuviese usted en estado de recibir una buena noticia... sin trastornarse, ¿eh?.. le daríamos á usted una de esas que le curan á uno de repente.

ROSA

¿Qué pasa?

ISIDRO

Pasa... pasa, que no nos atrevemos á decírselo á usted de tanto como se va á alegrar.

ROSA

(Con gran animación.) Ya lo sé. Que viene mi hijo.

ISIDRO

¡Buena es ésa! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

ROSA

Me habláis de una alegría, y ¿qué puede alegrarme sino que venga él?

JUAN

Pues lo adivinó usted.

ROSA

¿Y cuándo viene? Decidme cuándo viene.

ISIDRO

Pues viene de aquí á cosa de dos días.

ROSA

¿Tanto va á tardar?

ISIDRO

O mañana.

ROSA

No. Me engañas.

ISIDRO

¡Bueno! Pues llega hoy mismo. Y ahora que ya está usted preparada, ahí va de golpe la noticia. Puede que esté aquí antes... de media hora.

ROSA

No puede ser. No puede ser tan pronto.

JUAN

Sí puede ser. Y ahí va otra sorpresa. En esa exposición donde envió el cuadro que usted sabe, le han dado primer premio.

ROSA

(Cayendo en una silla.) ¡Dios del cielo: por él, por él, gracias!

ISIDRO

Y ha sido por un retrato de usted, señora ama.

ROSA

Ya es el único bien que podía hacerle. Desde ahora quiero más á mis pobres cabellos blancos, que han servido para lograrle su deseo. Ya he cumplido en el mundo, Isidro. Si es cierto, como sí lo es, que la madre es el árbol del hijo, ya he dado el fruto, y ya puedo morirme.

JUAN

Vamos, vamos; serenidad.

ISIDRO

(Enternecido.) Pero ¡qué redemonios tiene usted! Creímos que se iba usted á poner tan contenta, y parece que le hemos dado á usted una pena.

ROSA

No hagáis caso de lo que digo. Es que cuando me dió el ataque hace dos días, creí que no iba á volver á verle. Y ahora que sé que va á llegar, de puro alegre tengo tristeza.

JUAN

Animo y fuerza.

ISIDRO

Y no sea usted tonta. Bien contento que debe estar él de volver á su casa. Vale más hogar conocido, que treinta palacios por conocer.

ROSA

Ya lo sé, Isidro. Tanto es así, que á vosotros os parecería una tontuna, y no lo era, el afán que he tenido de no tocar á nada, para que á la vuelta se lo encontrara todo lo mismo que el día que se fué. ¡Pobre de mí! Le hubiera guardado la cuna, los pañales, para que se sintiese niño otra vez. Las madres quisiéramos que los hijos llegasen á grandes, pero sin dejarlos crecer. Que fuesen hombres pronto, pero pudiéndolos llevar en los brazos.

JUAN

Vamos, Rosa, que nadie habría hecho tanto como usted.

ROSA

No sé las otras madres cómo son. Pero yo no he sido más que eso: madre, siempre madre. Siempre me ha parecido que yo era la tierra y él la flor que había nacido de mí. Que mi alma no se apagará cuando me muera, sino que seguirá vi- viendo en él.

JUAN

Vamos, no se aflija usted más.

ESCENA V

DICHOS, MANUEL, ALBERTO, *el MAESTRO*
y JUANILLO.

JUANILLO

(Entrando y llamando aparte á *Isidro*.) *Isidro*: ya están aquí. Viene vestido de señor.

ISIDRO

Calla y vete. Señora ama, el corazón me dice que ya debe estar cerca.

ROSA

(Levantándose y queriendo ir á la puerta.) ¿Dónde está? Que venga, que venga en seguida.

JUAN

Calma, calma.

ROSA

Dejadme que salga á recibirle.

JUAN

No necesita salir á buscarle, porque ya está aquí. Mírele: está saludando al pueblo, y entra.

(Mientras ha dicho esto, *Manuel* se despide de unos cuantos admiradores, que le han acompañado hasta la casa. Después de darles la mano, entra, cogido al brazo del *Maestro*. Al verle la madre le abraza.)

ROSA

¡Manuel, Manuel de mi vida!

MANUEL

(Besando á Rosa.) ¡Otro beso, madre! ¿Qué tiene usted? ¿Qué ha tenido usted? He venido, dejándolo todo, porqué me han dicho que estaba usted enferma.

ROSA

No, hijo mío. Te lo habrán dicho para que vengas.

MANUEL

Ojalá fuera así; pero no lo creo.

ROSA

Te lo han dicho, ¡porque tenía tanta gana de verte!..

MANUEL

No; dígame usted la verdad.

ROSA

Lo estaba, porque no estabas tú conmigo; pero ahora me traes la salud.

MANUEL

¿Me lo jura usted? Dígame usted que me lo jura.

ROSA

Crémelo. Ha sido porque deseaban que vinieses, y no sabían cómo pedirte.

ISIDRO

¡Eso es! Para que vinieses.

MANUEL

¿Es verdad?

ISIDRO

¡Y tan verdad! Teníamos ganas de verte.

MANUEL

Yo tenía hambre de verlos á ustedes; pero no les acabo de creer.

ISIDRO

Tan verdad como que me voy haciendo viejo; pero tranquilízate, y míranos, que nosotros también somos de carne y hueso, y también estamos aquí.

MANUEL

Es verdad que todos estáis aquí. Querría tener cien brazos, para abrazarlos á un tiempo. (Abrazando á *Isidro*.) Tú siempre el mismo, ¿verdad, *Isidro*?

ISIDRO

Yo siempre echándole años al horno.

MANUEL

(Dando la mano al *Señor Juan*.) ¿Y usted?

JUAN

Yo: guardando la casa.

JUANILLO

¿Y yo?

MANUEL

(Abrazándole.) ¡Juanillo! ¡Qué hombre estás hecho!

JUANILLO

He crecido: ¿verdad que he crecido?

MANUEL

Todo ha crecido para mis ojos.

MAESTRO

Y tú, sobre todo: tú vuelves hecho un gran artista.

MANUEL

Llego como me fuí.

ROSA

¿Y contento, hijo mío?

MAESTRO

¿No lo ve usted? Contento y hecho una gloria.

ROSA

¿Estás contento, de veras, de veras?

MANUEL

¿Que si estoy contento, me pregunta? No hay nada tan hermoso en la vida como la emoción de volver á casa. Déjenme respirar todo esto, que me parece que respiro recuerdos. ¡No hay jardín que tenga el buen olor que tiene la casa en que uno ha nacido!

ISIDRO

Este olor es de harina.

MANUEL

¡Sí, Isidro; es de harina, de cuna, de nido, de lo que quieras; pero lo que sé es que recuerda!

ALBERTO

Más que el de los colores al óleo.

MANUEL

Siente uno como olor de trigo, en este aroma de hogar, de pueblo, de molino y de todo lo que ha visto uno de niño y después ha echado uno de menos. ¡Cuánto corazón malgasta uno en la vida!

JUAN

Yo siempre te lo había dicho.

MANUEL

El pasado no se ve con gusto hasta que se descansa, y el pintor no tiene tiempo de descansar.

ROSA

¿Ni para mirarnos á nosotros?

MANUEL

Para nada, madre. Somos desagradecidos los artistas.

MAESTRO

Pero generosos: yo conozco ejemplos.

MANUEL

Eso sí. No nos acordamos de los que sufren por nosotros cuando estamos soñando. Pero apenas nos despertamos, quisiéramos ir sembrando alegría por todos los rincones de la tierra. He pasado seis años sin volver, y ahora comprendo que daría la vida por este momento de llegar.

ISIDRO

Es decir, que volverías á ser tahonero.

MANUEL

Eso no. Ahora ya quiero demasiado al arte.

ALBERTO

Al arte se le quiere por muchas traiciones que nos haga.

MANUEL

Ahora volvería á empezar, no sólo por la ambición de vencer, hasta por el sufrimiento del camino. En fin, todo esto lo he dicho por desahogarme, por tirar la hiel á la puerta y no entrar en casa más que con la alegría.

ALBERTO

Bien dicho: fielato de tristeza.

MANUEL

De tristeza y de miserias. Pero ahora que ya no tengo que pensar en nada, que no necesito venderme para vivir, que puedo devolver con mi trabajo el pan que he arrancado á este horno... ¿sabe usted, madre, lo que vengo á hacer?

ROSA

¿Qué, hijo mío?

MANUEL

Eso. Vengo á hacer de hijo. A no moverme nunca de su lado.

ROSA

Sí. No te muevas, no te muevas nunca.

MANUEL

No tenga usted miedo. Bastante madre ha sido usted para mí. Ahora me toca á mí ayudarla á usted. Pintaré aquí, siempre aquí; ¿verdad? Ya estoy convencido de que los cuadros no hay que

ir á buscarlos lejos. Están cerca del que uno quiere.

(*Rosa se queda como medio dormida.*)

JUAN

Eso es lo que siempre había dicho yo.

ISIDRO

Yo no lo había dicho; pero lo pienso.

MAESTRO

Además, que aquí también puede uno ir adelante. Yo te prestaré libros de estética.

MANUEL

Dios se lo pague á usted, señor maestro. Guarde usted esos libros en el desván de los recuerdos. Yo ya tengo mis libros. Son la vida. Isidro, amando años y más años, es un libro: una Biblia del trabajo. Juanillo, de juventud. Usted (*Al Maestro.*), de entusiasmo. El señor Juan, el libro de la prudencia. Y usted, madre; usted, madre, será usted mi breviario, mi libro de horas, el que quiero leer mientras viva.

(*Se acerca á Rosa.*)

MAESTRO

(*Al Señor Juan.*) Bueno, dejémoslos á ellos y vamos á preparar la sorpresa.

(*Sale el Maestro. El Señor Juan le sigue. Isidro y Alberto se quedan en el fondo.*)

ESCENA VI

ROSA, MANUEL *y después* ISIDRO *y* ALBERTO.

MANUEL

Sí, madre; ahora ya puedo ser para usted. Para usted sola y para siempre. ¿Se alegra usted de que haya venido?

ROSA

(Con voz desfallecida.) Mucho.

MANUEL

Es que se ha emocionado usted al verme. No me esperaba usted, ¿verdad?

ROSA

(Con voz cada vez más débil.) Siempre.

MANUEL

¿No ve usted cómo me he hecho hombre? ¿Le habían dado á usted malas noticias? ¿Está usted triste?

ROSA

No.

MANUEL

¿Qué tiene usted? ¿Es que se acuerda usted del pasado? ¿No ve usted que ahora le toca ser feliz, que ya se le acabaron las penas?

ROSA

Sí.

MANUEL

Que ya se le han logrado sus deseos.

ROSA

(Con la cabeza.) Sí.

MANUEL

¿Qué tiene usted, madre? ¿Qué le pasa? ¿Por qué me contesta usted así? ¿Se siente usted mal? ¡Isidro! ¡Alberto!

ALBERTO

¿Qué quieres?

MANUEL

Que no sé qué le pasa á mi madre. Le hablo y no me responde.

ISIDRO

(Corriendo á la tienda.) Juanillo: vete á buscar al médico.

MANUEL

Oígame usted, madre; oígame usted.

ALBERTO

No te alarmes. Es la misma emoción.

MANUEL

Si ya no me ve... si no me ve. Despierte usted, madre, que estoy aquí; que soy su hijo...

ROSA

(Volviendo en sí.) ¿Qué quieres?

MANUEL

Míreme usted.

ROSA

Estaba dormida.

ISIDRO

Ya vuelve en sí.

ALBERTO

Ya vuelve á él.

MANUEL

Míreme usted, madre.

ROSA

Si no es nada. No te asustes, hijo. Un desmayo.
Un desmayo... de alegría.

ALBERTO

Dejémoslos solos, Isidro. Si la voz de su hijo no
la vuelve en sí no habrá nada que pueda hacerla
volver

ESCENA VII

ROSA Y MANUEL.

ROSA

Perdona, hijo: ya estoy bien. Me ha parecido
que me dormía, pero he oído tu voz, la voz de
cuando eras pequeñito, y te mecía... y meciéndote,
meciéndote, me he dormido yo en lugar de dor-
mirte á ti.

MANUEL

¡Hasta viniendo á casa le he de dar á usted
pena!

ROSA

¡Si no me has dado pena! Al contrario. Nunca había sido tan feliz como ahora. Ya me puedo morir tranquila.

MANUEL

No quiero que hable usted de morirse.

ROSA

Tienes razón. Lo decía... por decir. La debilidad, que le hace á una hablar tonterías. No hagas caso de lo que digo. Soy vieja.

MANUEL

Eso sí que no.

ROSA

Pues no lo soy... Pero si me llegase á morir... que no me moriré... porque tú no quieres que me muera... quiero decirte unas cuantas cosas. Acuérdate de Isidro, que no te ha abandonado nunca. El no tiene hijos... no tiene hijos el pobre, y no podrá morir como yo. Págale en consuelo de juventud lo que no le has podido pagar de otro modo. Y piensa... piensa, hijo mío, cuando empieces otros cuadros, que los podrás pintar mejores... pero con tanto amor, no volverás á pintar ninguno...

MANUEL

(Llorando.) ¡No me mate usted!

ROSA

¿Matarte? Si estoy buena. Si eso es un decir. Que ya chocheo. Mira, luego, quiero salir contigo

del brazo, por todo el pueblo. Quiero ir de casa en casa. Quiero ir á buscar á las que me decían: «¡Pobre mujer, pobre mujer!», cuando tú no estabas aquí, y quiero decirles á gritos... gritando con el corazón: «Llamadme ahora pobre mujer. ¿Quién es más pobre mujer? ¿Vosotras que no habéis vivido, ó yo que he tenido dos vidas, la mía y la de mi hijo?»

MANUEL

Pero ¿qué tiene usted?

ROSA

Tengo... tengo... Levántame... que quiero ir á mi cuarto. (*Manuel la levanta abrazándola.*) Levántame y acompáñame. Ven... que quiero ir contigo... sin ti... no podría... ir... ni... á morirme.

(*Se queda muerta en los brazos de Manuel.*)

MANUEL

¿Qué tiene usted? (*Tocándola.*) ¡Si está fría! ¡Si está muerta! ¡Si se ha muerto! (*Dejándola en la silla.*) ¡Madre de mi vida!

(*Se oye una banda que toca á lo lejos, y voces que se van acercando.*)

ESCENA VIII

DICHOS, ISIDRO, ALBERTO, JUANILLO, *el MAESTRO*,
SEÑOR JUAN y PUEBLO.

ISIDRO

(*Corriendo.*) ¿Qué... qué... qué pasa?

MANUEL

¡Madre de mi vida!

ALBERTO

(Tocando á *Rosa*.) ¡Sí; está muerta! ¡Pobre mujer!

UNA VOZ

(En la calle.) ¡Viva el pintor!

TODOS

¡Viva!

(Entra una multitud alegre en la tienda; delante va el *Maestro* y un *Moço* que lleva una corona de laurel.)

MAESTRO]

(Entrando en la trastienda.) ¡Viva nuestro artista!

TODOS

¡Viva!

ALBERTO

(Corriendo á la tienda.) ¡Que no entren! ¡Que no entren, señor maestro! ¡Que se ha muerto la madre!

MAESTRO

¿Qué dice usted? ¿Que se ha muerto? ¿Que se ha muerto la madre de...

ALBERTO

Mírela usted.

MAESTRO

¡Dios mío!

JUAN

¡Corriendo! ¡Que dejen de tocar!

(*Juanillo* sale corriendo y cesa la música.)

MAESTRO

¡Qué desgracia, pobre mujer! ¡No haber gozado ni un momento la glorificación de su hijo!

ALBERTO

Las madres, hasta muertas, sienten.

MANUEL

(Llorando á los pies de *Rosa*.) ¡Madre, madre, madre!

ALBERTO

(Viendo á *Isidro* acurrucado al pie del horno.) ¡Vamos, levántate, y no le des más pena al pobre viejo!

MANUEL

(Abrazando á *Isidro*.) ¡Isidro!

MAESTRO

(Al pueblo.) ¡Vámonos, hijos!

ALBERTO

(Cogiendo la corona.) Váyanse; pero dejen la corona. ¡La corona es para la madre! ¡Ella es quien la ha ganado!

(La coloca á los pies de *Rosa*.)

TELÓN

